This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SPAN 685.14

HARVARD
COLLEGE
LIBRARY

BOUGHT WITH THE INCOME OF THE

JOHN L. WARREN FUND

JOSÉ MARÍA ASENSIO

PUNTO

Y APARTE

Cuatro verdades sobre la Revolucion de Setiembre de 1868 y la Restauracion

SEVILLA: 1877

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES

Tetuan, n.º 24

HESPERIA
Libros Hispánicos
ZARAGOZA

PUNTO Y APARTE

SEVILLA

Establecimiento tipográfico de **Francisco Alvarez y C.ª**,
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes
Duques de Montpensier.

JOSÉ MARÍA ASENSIO

PUNTO Y APARTE

Cuatro verdades sobre la Revolucion de Setiembre de 1868 y la Restauracion

De fijo, si eres hombre de partido
Y del tuyo el espíritu te ciega,
De parcial culparás mi colorido;
Mas si tú dices ALPHA *y otro* OMEGA,
Porque es de opuesto bando, y resentido
Tambien de alguna cláusula reniega,
Probaréis uno y otro de consuno
Que yo no me he casado con ninguno.

(BRETON DE LOS HERREROS.—
La desvergüenza, poema.)

SEVILLA: 1877
FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES
Tetuan, n.º 24

Span 685.14

Warren J

ES PROPIEDAD

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
JAN 22 1974

*Al Excmo. Sr. D.**** . . . .*

. . . . . .

. . . . . .

No sé, querido amigo mio, si habré logrado esponer con buena forma, y con la suficiente claridad mis ideas; pero me consta que en el pensamiento capital de este libro estamos enteramente de acuerdo.

Por eso he creido, y continúo creyendo, que á nadie más que á V. debe dirijirse con él su discípulo y amigo verdadero

Asensio.

Febrero, 15—77.

DOS PALABRAS

ACERCA DEL PRESENTE LIBRO

Es opinion muy generalizada la de que en política poco ó nada nuevo se puede escribir, y que por lo tanto se empieza por faltar á la verdad cuando se califica de nuevo un libro que trata de política; á no ser que la calificacion se refiera á la parte material del libro anunciado.

Hay, en verdad, algo de cierto y tambien mucho de exajeracion en el dicho. En efecto; desde que Aristóteles escribió de política, pasando por Ciceron, Maquiavelo, Mariana, Fajardo, J. J. Rousseau, de Maistre, Benjamin Constant, P. F. Navarrete, Castelar, &c., &c., hasta el momento presente, se ha hablado y escrito tanto sobre esta ciencia que resume todas las ciencias sociales, y son tantas las variaciones que se han hecho sobre este manoseado tema, que parece imposible que hombre alguno de nuestros tiempos pueda

decir cosa nueva acerca de él. Todos los sistemas, géneros, *estilos*, procedimiento, formas y fórmulas imajinables, aún más allá de la imajinacion, han sido ensayadas por escrito y planteados con propósito de hacerlos eternos, y discutidos y controvertidos hasta la saciedad. Mas ¿deberémos deducir de ello que la materia está agotada? ¿Podemos creer que la poltica ha dicho su última palabra en aquellos y en nuestros tiempos?

Opinamos que no; y hay más, creemos que estamos todavía estudiando los primeros rudimentos de esta ciencia, puesto que, á pesar de los dos mil y cuatrocientos años trascurridos, la puerta del Sol en Madrid se parece como un huevo á otro huevo á la plaza de Atenas y al *Forum Romano*, y conservamos todas las formas de gobierno, el mismo *juicio* el mismo criterio político y hasta la mismísima tecnolojía que se usaba en vida del preceptor de Alejandro.

Debemos, sin embargo, hacer una salvedad; hemos descubierto el mecanismo constitucional y la forma representativa parlamentaria. Esto ya es nuevo; esto es un progreso político; y por lo tanto queda demostrado que es posible en nuestros dias decir, ó escribir un libro que diga algo más que los que le han precedido, escritos sobre esta materia en los veinte siglos que precedieron la revolucion inglesa.

Empero, si se quiere, concederémos que sea difícil decir ó escribir algo nuevo en política; mas á condicion que se nos otorgue la posibilidad de decir lo viejo de una manera que lo haga aparecer nuevo. A quien nos niegue esta concesion, le remitimos al libro de Asensio.

Y no se nos arguya con que el autor es el primero en dar en tierra con nuestra afirmacion, puesto que en el párrafo con que encabeza su escrito, declara su incompetencia, aseverando que *nunca se ha ocupado de política:* frase que traducida al lenguaje del sentido comun, ó vulgar, quiere decir: No espereis nada nuevo de quien escribe sobre una materia que no ha sido asunto preferente de sus estudios, ni objeto de sus ordinarias ocupaciones; porque contestarémos dándole en rostro con su mismo libro, que es el primero en desmentirle; y diciéndole, que despues de leido y releido, hay que declarar que se necesita más valor para negar la propia competencia, que para decir la verdad en la forma que lo hace; no yá á los contrarios, que ésto, al fin, no es arriesgado cuando están caidos, sino á los amigos que están en el poder, y á quienes asesta sendas verdades con una franqueza y fuerza de lójica tal, y tanto conocimiento de causa, que, ó no dice lo cierto cuando afirma que nunca se ocupó de política, ó es político por intuicion.

El sólo título de su libro confirma nuestro juicio. *Punto y aparte*, le llama; mas no quiere esto decir que él haga punto y aparte por su cuenta con el pasado proponiendo una nueva y flamante doctrina, sino que acusa á sus amigos y adversarios políticos de no haberlo sabido hacer á tiempo. Diciéndoselo con honrada franqueza á los hombres de la revolucion de Setiembre del 68, condena implícitamente el pasado que la motivó, y al decírselo con ejemplar civismo á los hombres de la situacion, condena esplícitamente los errores y torpezas revolucionarias y á compás la marcha de los negocios públicos en estos dias.

Malo el antepasado, pésimo el pasado, y no bueno el presente; tal es el tema que se ha propuesto discutir, ó mejor dirémos, el cuadro que bosqueja en grandes rasgos. Y por Dios que desarrolla aquel con tal vigor de intelijencia, y pinta éste con tanta viveza de colorido, que ha conseguido decir algo nuevo sobre una ciencia que parece haber caido en descrédito en España, ó por lo ménos hallarse estancada hace muchos siglos.

Empieza por pedir el restablecimiento de la política genuinamente española que practicaron los Reyes-Católicos y el Cardenal Cisneros. Si se trata de aquella política internacional, enérjica y levantada que hacía oir su irresistible voz y sentir la gravedad

de su peso en los pequeños Estados de Italia y en las grandes Córtes del Imperio y de Francia; que devolvía Roma al Papa y daba las más bellas provincias italianas á la Corona de Castilla, y que hacía de la España de aquellos tiempos un astro en Europa, en tanto que en los nuestros está convertido en satélite de cualquier sol que se levante en las orillas del Danubio, del Rhin ó del Sena; si se trata de aquella política, repetimos, estamos conformes con el autor; pero si por el contrario se refiere á la *casera*, nos tomarémos la libertad de disentir de sus opiniones.

Porque á la verdad, no creemos que pueda citarse como modelo de sabiduría y prevision una política que espulsó los judíos; revocó las capitulaciones de Granada; estableció en España la Inquisicion; no *pugnó* cual debiera *por lo de África*, y no supo fundar mercados comerciales en el Nuevo Mundo. Grandes errores que abrieron profundas heridas en el seno de la madre pátria, y que no bastó para curar la proteccion que se dispensó á las Ciencias y á las Letras; la libertad que se concedió al libro y á la imprenta, ni la cultura que se fomentó entre todas las clases de la sociedad, señaladamente en la más elevada que contaba en su seno una Reina como Doña Isabel y magnates como los Duques de Medina-Sidonia y Medina-Celi,

clase que fué la primera en comprender y auxiliar al inmortal Colon.

No obstante; mala y todo como fué aquella política de fronteras para adentro, tentados estamos á echarla de ménos, al leer en este libro—y lo más triste al verlo confirmado por los hechos—*que el termómetro político ha venido descendiendo* en España desde aquellos tiempos.

En efecto, aquella política con todos sus errores, era un áspero pero glorioso camino por donde transitaban los más grandes capitanes y los más ilustres marinos que vió el mundo desde la caida del imperio romano, y los hombres más doctos de aquel siglo y de casi todo el siguiente; al paso que nuestra política contemporánea es:

Una especie de via sacra sembrada de cruces—que no pone pero que paga el país:—cruces que algunos españoles se ván metiendo en el bolsillo ó prendiendo en la solapa del frac á medida que adelantan en el camino, corriendo á torpe el postre; en tanto que para los demás es un verdadero camino del Calvario, donde dán tantas caidas como pasos andan por él, dejando el suelo sembrado de jirones de sus vestidos; y para el país es la inestabilidad de todos los sistemas; la perturbacion de todas las administraciones; el desconcierto de todos los partidos; el aniqui-

lamiento de todas las fuerzas productoras del país, y seria su ruina completa si hubiese fuerzas humanas capaces de reducirlo á escombros.

Cervántes llamaba en su tiempo al estómago la *oficina de la salud;* hoy podríamos llamarle el *laboratorio de la política.* La frase no es muy atildada, que digamos; pero es gráfica, y además no es nuestra. Mas dejemos este tema, y volvamos al libro de Asensio.

Atinadísimo se nos muestra al tratar de la Hacienda española; sus observaciones son juiciosas; sus corolarios acerca de ella exactos y sus demostraciones pertenecen á la categoría de aquellas que se tocan con la mano.

Nuestros hacendistas han sido, en lo general, empíricos, y en lo particular arbitristas y espedientistas; es decir, hábiles para encontrar recursos que los sacáran de los apuros del momento, y maestros en el arte de salir del paso de cualquier modo, dotes ámbas que no bastan para hacer un buen ministro de Hacienda.

Sin embargo, hemos visto y estamos viendo todos los dias caer los ministros de Hacienda; pero es con el ministerio todo, ó por una cuestion de amor-propio, ó por necesidad de realizar una combinacion política. Pocos, acaso á ninguno, hemos visto dejar la cartera

por haber sido derrotado en las Córtes en una cuestion financiera, fiscal, arancelaria, económica ó administrativa.

Y, una de dos; ó todos los ministros de la Hacienda española son unas lumbreras y no se equivocan en nada de cuanto se roza en la gestion del Tesoro, con el crédito y la riqueza del país, ó como Necker, sabiendo poco en asuntos financieros, saben, sin embargo, infinitamente más que todos sus administrados juntos. Y si no es nada de esto, podrá ser que la Hacienda no es cosa séria en España, sino en cuanto se adhiere á una política dada; y áun así sólo en los dias de las sublevaciones y en los momentos de las reacciones, en que se ve confundida casualmente con los demás intereses morales y materiales que se discuten á balazo limpio y á cañonazo seco.

Dice Asensio, y dice bien, que el país paga más de lo que puede, y que esta es la causa de su empobrecimiento. Así es la verdad; mas permítanos añadir que el mal no está precisamente en eso, sino en que produce infinitamente ménos de lo que debe producir, por consecuencia de su detestable administracion.

Hubo un tiempo en que se decia en Castilla—granero de todas las Españas—que tres buenas cosechas arruinaban al labrador: frase que fotografía con admirable exactitud la administracion española.

La causa, pues, de su empobrecimiento, es, no sólo que se le hace fuerza para pagar lo que no puede, sino que á compás se le imposibilita de producir lo que debe. Hay en esto, como se vé, un error económico y otro error administrativo; y estos dos errores, que son la suma redonda de los infinitos que se vienen cometiendo en España desde tiempo inmemorial, se han acrecentado desmedidamente en los nuestros, tanto porque en ninguna ocasion se ha querido hacer *punto y aparte*, con respecto á ellos, como por no querer considerar que el sencillo mecanismo de la *Hacienda real*, que se reducia á decretar y cobrar lo que buenamente se podia, se ha trasformado en nuestros dias, en la complicadísima máquina de la *Hacienda nacional*, que necesita, para funcionar bien, algo más que un almojarife y unos cuantos contadores y recojedores de los tributos.

Los encargados de la jestion administrativa del Tesoro en España, sólo ven, por regla general, el país que debe pagar, y no se cuidan de averiguar hasta dónde el país puede racionalmente darles gusto; y sobre esta su peculiar manera de ver las cosas fundan todos sus sistemas de Hacienda, sus cálculos; sus presupuestos; sus operaciones de crédito; sus contratos con los banqueros nacionales ó extranjeros, &c., &c. Mas el país, que tambien por regla general, no en-

tiende una palotada de operaciones del Tesoro; de deuda flotante; de bonos; de emisiones; de cambios; de préstamos; de letras subastadas ó cedidas sin subasta; de valores descontados en la Bolsa al qué sé yo cuantos por 100, &c. &c., el país, repetimos, que nada entiende de esto, pero que lo sintió y siente pesar sobre sus costillas como una carga abrumadora, ántes de la revolucion, en la revolucion y despues de la revolucion, se pregunta, como Asensio: ¿Por qué no se hizo ó no se hace *punto y aparte* con este órden desordenado de cosas, especie de viento sembrado ántes, en, y despues, que sólo tempestades produjo, produce y producirá?

Averígüelo Vargas.

De la misma manera que estamos de acuerdo con el autor en el fondo de esta cuestion y en su manera de tratarla en su libro, lo estamos tambien en sus juicios sobre el pueblo español, á quien califica de poco apto todavía para la vida política por su ignorancia—sin culpa suya, sea dicho de paso—y por su genial (?) indolencia que le hace mirar con despego el trabajo.

En efecto; y aunque con rubor, tengamos la franqueza de confesarlo. No puede blasonar de político en la verdadera acepcion de la palabra, un pueblo que durante el curso de siete años seguidos, hace pasar al país, como un prestidijitador pasa y repasa las cartas

de una baraja, por una monarquía secular; un Gobierno provisional; una Presidencia; una monarquía electiva; una república de nombre ó sin nombre; un cantonalismo que fuera risible si no hubiera dado tantos disgustos á los acantonados *velis nolis;* una dictadura impuesta por una compañía de guardia civil,—procedimiento que no conocieron Sila, Mario, César, Cromwell, Napoleon I, ni Rosas,—y una restauracion perfectamente lójica, puesto que la revolucion no supo hacer *punto y aparte* con las causas que la trajeron «causas graves», como dice Asensio, á punto que la convulsion fué profunda.»

Nó; no puede blasonar de buena educacion política un pueblo que dá tan lastimosas pruebas de falta de sensatez en política.

Y cuenta que no aludimos solamente al vulgo; sino que tambien á esa aristocracia ciudadana, á esas clases conservadora y nobiliaria, representacion genuina del saber, de la intelijencia, de la riqueza, de la fuerza moral y material, del órden, de la estabilidad y de todos los intereses sociales: aristocracia y clases que se cruzaron de brazos ante aquellas rápidas, casi diríamos brutales trasformaciones, ayudando inconscientemente á ellas en el mero hecho de no emplear sus irresistibles fuerzas para detener ó enderezar por el buen camino la vertijinosa carrera de aquella revo-

lucion, que en sus postrimerías careció de todo, hasta de la conciencia de sí misma.

Punto y aparte. ¡Oh! qué gran verdad se encierra para España en esta brevísima frase, que sintetiza toda la história de nuestra revolucion contemporánea. *Punto y aparte* debió haberse hecho los años 12, 20, 34, 37, 45, 56, 69 y 76; y no se hizo, porque ocupados en fabricar constituciones, no quedó tiempo para pensar en otra cosa que en hallar el medio de dejarlas en el período de incubacion; ó en su defecto, abolirlas, sustituirlas ó cuando ménos infrinjirlas, para darnos el gusto de forjar otra; que al fin y al cabo no es tiempo perdido el que se emplea en buscar la verdad, aunque sea política, por distinto camino de aquel que sigue la hija de Júpiter y madre de la Justicia y de la virtud.

Punto y aparte: gran verdad, repetimos, y frase feliz que debiera pasar en proverbio; y que pasará si cerrando los oidos á los consejos del autor de este libro, se persiste mañana, como se persiste hoy y se persistió ayer, en conservar en su mayor ó menor integridad los procedimientos económicos, administrativos y financieros que motivaron la revolucion de Setiembre; la Presidencia; la Monarquía extranjera; la República; la bacanal de los Cantones; la Dictadura y la Restauracion.

Punto y aparte, en la gestion administrativa del Tesoro público, porque el mal está en la Hacienda, *causa quizás la única*, dice Asensio, *de las* REVOLUCIONES *de España;* y cuenta que, á juicio nuestro, deben ser comprendidos dentro de aquella palabra todos los hechos anormales, fenomenales, contradictorios, perturbadores, y los buenos y beneficiosos que acontecen en nuestro país.

Punto y aparte, en fin, *es necesario hacer en todos terrenos*, sin olvidar aquel en que florecen las Ciencias, las Letras y las Bellas Artes; en que prosperan la agricultura, la industria y el comercio; en que se educan y moralizan todas las clases de la sociedad; en que se enderezan tantas conciencias que andan torcidas, y en que se hace producir al país mucho y bueno sin imponerle grandes sacrificios que paralizan sus fuerzas y esterilizan su intelijencia.

«El orígen de todos los males que aquejan á España está en el desórden administrativo, y en el apuro contínuo de la Hacienda», tal es la síntesis del libro de Asensio.

Así es, en efecto. Ese y no otro es el orijen de nuestro descrédito en el extranjero; tal y tan grande, que á su sombra *nacieron* en Lóndres los *certificados* españoles que se trataron de abanderar en Madrid; se ha podido fijar en los muros de aquellas Bolsas un

vergonzoso anuncio para España, y es la causa de que en todos los grandes mercados se nos desprecie, compadezca ó esplote.

Ese y no otro es el oríjen de esos grandes cánceres que nos devoran, y que se llaman *empleomanía*, *nepotismo* y *caciquismo:* es la causa impulsiva de esa série no interrumpida de motines y PRONUNCIAMIENTOS —palabra que ha caido en gracia y comienza á estar en moda en Europa—que tejen, hace ya demasiados años nuestra *envidiable* existencia política; que agotan todos los recursos del país, despilfarran su riqueza positiva; postran sus fuerzas productoras; lanzan por la más fatal de las pendientes el jénio de la raza española, y embotan la intelijencia y la actividad de nuestro pueblo, que parece vivir sólo para una política suicida.... que otro nombre no encontramos que dar á esa monomanía que le aqueja de imitar en su esfera peculiar de accion el desórden, la inseguridad, la instabilidad y el empobrecimiento de su administracion pública y de su Hacienda nacional.

Descrédito fuera; motines periódicos y empobrecimiento progresivo dentro, tal es el fruto del *desórden administrativo* y del *apuro contínuo de la Hacienda*. Quien corte de raiz el árbol que tan mal fruto dá, y replante con intelijencia el terreno de la Hacienda de España, ese duplicará en pocos años la riqueza

del país, dado que en él abundan los elementos; le rehabilitará á los ojos del mundo civilizado, y cerrará el templo de Jano de nuestras interminables y vergonzosas discordias intestinas.

Asensio dice que ese milagro debe y puede hacerlo la Restauracion. ¿Lo hará?

Consejos y esperiencia no le faltan, ni oido para oir la voz que le grita: *Punto y aparte* con los anteriores períodos, inspirándose únicamente en elevados principios de moralidad y justicia.»

J. Guichot.

PRÓLOGO

Que escriba un libro político quien nunca se ha ocupado de política, como sucede al autor del presente, cosa es que podrá tacharse de extraña por el lector, si no se detiene un poco á considerar las circunstancias en que actualmente se encuentra nuestro país.

No es hoy la política aquella elevada ciencia de gobierno, que interpretada en sentido puramente español y patriótico por Isabel I y Jimenez de Cisneros llevó nuestra Nacion al mayor grado de prosperidad y grandeza en el trascurso de pocos años. No es tampoco la política actual aquella oscura y tenebrosa maraña que en su cerebro urdia Nicolás Maquiavelo para envolver á sus adversarios, inutilizar sus planes, divorciar sus intereses, y sacar

sobre todos triunfante el pabellon de su Príncipe. El termómetro político ha ido descendiendo; la política de ahora es más casera, más pequeña y manuable; se mezcla en todo, todos tratan de ella. Con la tribuna y los periódicos se hacen políticos por fuerza hasta los ménos ilustrados indivíduos del estado llano; y en cafés, en casinos, calles y plazas, se habla, se discute sobre los sucesos del dia; se critica á los hombres de Estado de todos los pueblos de Europa; se pasa revista á la vida pública y privada de Soberanos y gobernantes, y se proponen planes de gobierno y arbitrios rentísticos que dejan muy atrás á todos los que imajinó el enfermo pintado en el COLOQUIO DE LOS PERROS.

Cansado, aburrido, desilusionado al ver que los asuntos más vitales para nuestra España se miran siempre por el mezquino prisma del espíritu de partido, y nunca con el levantado criterio del amor de la pátria, el autor de este libro ha querido dar la voz de alerta, por más que la suya sea débil y desautorizada; ha querido decir públicamente, sin pasion, sin encono, lo que piensan y sienten de los hombres y de los sucesos la mayoría de los españoles sensatos, amantes de su país, que

juzgan con imparcialidad desde el retiro del hogar doméstico.

Tal vez el grito sea perdido: quizá su voz clame en desierto. Pero por si de algo sirve, por si causa alarma entre los hombres honrados de todos los partidos, se cree en la obligacion de hacerla oir en bien de la pátria.

PUNTO Y APARTE

LA REVOLUCION

I.

¿Cuáles fueron las causas de la revolucion española de 1868? ¿Podrá la História severa acusar directamente en su dia á algunas personas de haber producido aquel movimiento? El exámen de antecedentes nos llevaria muy léjos y fuera de nuestro propósito. Hacemos estas interrogaciones con el objeto de poder consignar desde el principio, que, en nuestro sentir, ninguna de las convulsiones que ajitan el cuerpo social en determinados períodos, sea cual fuere su nombre, sus aspiraciones y su importancia son producidas por la voluntad de

un hombre, por la ambicion de una familia, por la inquietud de un partido, sino que nacen de una necesidad social sentida ántes, esplicada, que ha dejado conocer su existencia por manifestaciones más ó ménos claras, y que no se han atendido debidamente acudiendo al remedio.

Cuando la causa es grave, el sacudimiento es profundo; cuando el mal es leve, la conmocion tiene escasa importancia. Pero de la misma manera responden á las aspiraciones del momento histórico en que se presentan los imponentes actos de la Revolucion Inglesa y el Protectorado, que el llamado *Motin de la Feria* ó del Pendon verde en Sevilla; tan dignas son de la atencion del hombre de Estado las grandes escenas de la Francia de 93, como las inquietudes de la Irlanda falta de pan bajo la garra de la opulencia inglesa; ó la contínua y lenta ajitacion de los Principados cristianos del Danubio, que al cabo producirán el anonadamiento del Imperio Turco.

El historiador debe consignar todos los hechos; el filósofo investigará causas, estudiará en el terreno científico la manifestacion del hecho, analizará las consecuencias, consignará su influjo

en el adelantamiento y perfectibilidad del hombre y en la marcha de la sociedad.

Causa, pues, tuvo, y causa grave la revolucion de Setiembre de 1868, porque la convulsion fué profunda. Pero no vayamos á buscarla en las conspiraciones de algunos jenerales, en el deseo de medrar de inquietos y de ambiciosos, en los desaciertos gubernamentales; esos eran los síntomas, la enfermedad estaba más honda; no alcanzando á desarraigarla los medicamentos comunes, se hacía preciso emplear remedios violentos; eran de necesidad para que desapareciese extraordinarias peripecias. No bastaban los paliativos, y se esperaba la accion del revulsivo; inútil el emoliente, agotados los recursos suaves, venía preparándose el cauterio, y hasta la amputacion en su caso.

Nadie podrá negar esta verdad, á ménos que cierre los ojos á la luz. Males habia en España que exijían reforma y reforma pronta, enérjica, rápida, violenta. ¿Cuáles eran? ¿Acertó la falanje revolucionaria con los medios de hacerla? ¿Llevó á cabo la mision que por breves momentos le confiára la Providencia? Este es el objeto de la

primera parte de nuestro trabajo; base necesaria para formar juicio del período revolucionario; premisa indispensable para la exactitud de los juicios posteriores.

II.

La causa mayor, si no es acaso la única, de que en España nos encontremos todavía en la plenitud de la era revolucionaria, el móvil más poderoso que impide se haya cerrado de una manera estable la época de los sacudimientos y convulsiones, está en la desorganizacion, mejor dicho, en el desquilibrio de la Hacienda pública.

Más de una vez, en amigables conferencias con hombres ilustres y altamente conocedores de nuestra Administracion lo hemos dicho, y hemos visto confirmada esta idea con argumentos nuevos, con razones prácticas, que nos eran desconocidas. El dia en que pueda introducirse el órden en la Administracion, en que la Hacienda marche con desembarazo, reduciéndose las cargas del presupuesto á lo que la riqueza contribuyente puede

pagar, la paz está asegurada en España; su prosperidad interior, su importancia en el exterior renacerán como por encanto: todas sus llagas aparecerán cerradas, porque la única llaga de este cuerpo social está en la Hacienda, en el abatimiento de las rentas del país.

Dicho se está, que, cuando por causas que traen antíguo oríjen y raices profundas, la Hacienda pública ha llegado al estremo en que se encontraba la de España en el año 1868, los gobiernos de órden no pueden arreglarla, y se hace preciso que una revolucion en períodos de fuerza, de ajitacion, de violencia, de ódio y desprecio á lo pasado, cure por remedios extraordinarios lo que en el curso ordenado y pacífico de los sucesos no puede tener remedio.

La revolucion en España no tenía más razon de ser ni otra mision que cumplir que la relativa á la Hacienda.

No habia en nuestro país, por fortuna, grandes males sociales que remediar; ni habia razas privilejiadas que impidieran al pueblo ocupar todos los puestos del Estado, usufructuar todas las industrias, aprovecharse de todas las

ciencias, subir á todas las dignidades: ni habia grandes abusos en el poder, ni odiosas injusticias de clase; ni enormes desigualdades, ni tiranías insufribles. En el fondo de nuestras instituciones, nacida con ellas por la índole especial y singularísima de la guerra de siete siglos, infiltrándose por todas partes en las costumbres, en el trato familiar, en sociedades y en corporaciones, la sávia democrática corria desde muy antíguo en el cuerpo de la nacion española, en tan abundante venero, que no es posible ver en ellà revolucion sangrienta y pavorosa, porque no existen inveteradas causas de ódio, ni hay roca bastante fuerte que pueda oponer resistencia á la oleada popular cuando se embravece, y ensangrentar la lucha. Do quiera que nuestro pueblo vuelve los ojos en todas las épocas de su história, se encuentra con hijos nacidos de su seno; hijos insignes elevados por sus talentos, por su valor, por sus virtudes, á quienes no ha estorbado la pobreza de cuna, ni la humildad de oríjen, ni la oscuridad del apellido para subir á las mayores dignidades. La púrpura entre nosotros se llama Jimenez de Cisneros; la toga se llama Jovellanos;

el Consejo se llama Ensenada; la faja se llama Espartero. Siempre el pueblo, y en todas partes el pueblo, demostrando que en España no es nueva la idea democrática.

Por eso las revoluciones no han tenido la mision de traerla: y España hubiera permanecido firme y tranquila en medio de los sacudimientos que esperimentaban otras naciones de Europa al derrocar los abusos del réjimen aristocrático, si desde muy antíguo no hubieran venido formándose en su seno los jérmenes de destruccion que minaban la Hacienda.

En la Hacienda pública y nada más que en ella estaba la razon de ser de la revolucion de Setiembre de 1868. Arreglarla, metodizar la Administracion, hacer entrar el país en una era de prosperidad, destruyendo añejos abusos, y fatales prácticas administrativas, y borrando inveterados males, era la mision de los revolucionarios. Veamos cómo la llenaron.

III.

Clamores jenerales se escuchan hace mucho tiempo que censuran el desconcierto administrativo, que anuncian la angustia de la clase contribuyente. En la tribuna y en la cátedra, en libros, en periódicos, pública y privadamente las quejas se han elevado de todas partes.

La deuda agovia el presupuesto; la inmoderada cuanto injusta profusion de jubilaciones y cesantías lo abruma; la multiplicidad de empleos civiles y de cargos militares lo absorve; es imposible que el país contribuya con lo necesario para tan enormes gastos. No es que concibamos la Nacion sin crédito, el Estado sin deuda pública; es que deseamos que la deuda sea proporcionada á la riqueza del país, á los rendimientos de lo imponible; deseamos que el juicio y el órden tengan el imperio debido. No aspiramos á la supresion de todas las cesantías, á la abolicion de todas las jubilaciones: *summum jus, summa injuria.* Pero anhelamos verlas

reducidas á justos límites. Una nacion pobre no puede permitirse cierto jénero de lujo. La jubilacion y la cesantía para ser justas deben tener por base el mérito contraido y la necesidad en el que las recibe. Cuando el inválido de la ciencia, ó el inválido de la guerra son ricos por su casa, ó tienen fortuna propia, sus jubilaciones no deben recargar el presupuesto. Para estos casos son los honores, las preeminencias, las grandes condecoraciones. El que sirve bien y es pobre, y no puede prestar yá nada á su pátria por enfermedad, ó por vejez, goce en buen hora de cesantía que al par que le honre le sustente; que la Nacion nunca debe abandonar á sus leales servidores. Pero el que sirve bien y es rico, aspire al premio de las cruces, de los distintivos honrosos que á todos recuerden el mérito de quien las ostenta.

En la oposicion todos los partidos se han hecho ecos de la opinion del país trabajador y contribuyente; en grande escala, en progresion ascendente han venido todos repitiendo las voces de órden, de moralidad, de economías. Merced á sus teorías juiciosas en estos puntos, sosteniendo

lo que ántes hemos indicado, han llegado á conseguir alguna vez el apoyo moral de las clases conservadoras y del pueblo mismo, siempre atento á cuanto influir puede en su bienestar. Cuando se han colocado en las esferas del poder, ejercitando su actividad en las rejiones gubernamentales, han olvidado sus palabras, trocado sus convicciones: han seguido la senda fatal iniciada por todos los que les antecedieron en el gobierno; sin advertir que abandonando la realizacion de lo prometido dejaban en manos de sus adversarios la palanca que habia de servirles para derribar su situacion; aquella palanca poderosa que á ellos les habia servido para ganar las simpatías del país, y hacer caer á sus antecesores.

Las quejas, los clamores, los gritos de la Nacion eran y son tan grandes como fundados. La deuda pública absorve para el pago de sus intereses siempre crecientes una gran parte de lo que el país contribuye; absorve mucho más de lo que puede pagarse: verdad clarísima, hoy demostrada por desgracia con la innegable elocuencia de los hechos. Todos los partidos han ofrecido en la oposicion consagrar atencion pre-

ferente á tan vital asunto; todos han ofrecido cerrar el período de las emisiones, amortizar títulos en toda la amplitud que permitieran otras atenciones, acudir con puntualidad al pago de los intereses.... Ninguno lo ha cumplido.

El mal empeoraba; llegaba á amenazar la ruina; el crédito nacional estaba agonizante.... La revolucion, en medio de otros males, podia traer remedio para éste.... la revolucion no lo trajo, y ántes por el contrario, prosiguiendo sus hombres, en el mismo sistema que los más aferrados, doctrinarios continuaron viviendo al dia, haciendo emisiones nuevas cuando tocaban el imposible de solventar con la puntualidad necesaria los intereses de las antíguas, y ofreciendo á unos tipos ruinosos aquel papel que iba á aumentar los embarazos de la Administracion, y traer necesaria y fatalmente la bancarrota.

¡Con cuánta razon se elevaban estos clamores en el Parlamento y en la prensa! Los españoles todos hablaban contra la pluralidad de empleos; contra la aglomeracion de servicios, el absorvente aumento de la deuda, la creciente del ejército, la injusta distribucion de jubilaciones

y cesantías. ¿No parecia lójico que derrocada la monarquía tradicional, encumbrado un gobierno sin raices, sin compromisos, sin afecciones que á lo antíguo le ligasen, pusiera mano enérjica y decididamente en la enmienda de aquellos abusos? ¿No era de rigurosa justicia revolucionaria romper con lo pasado, y entronizar la nueva era sobre bases del todo diferentes?. Con asombro podrémos consignar que nada de lo que podia esperarse sucedió.

El gobierno Provisional, y el gobierno de la Rejencia continuaron su camino como si fueran los sucesores por turno pacífico del gobierno legítimo y legal; derramaron mercedes á manos llenas; dieron títulos, premios, sueldos: y aunque veian disminuir entre sus manos los ingresos del Erario, acusando que menguaba la riqueza pública, siguieron distribuyendo con inusitada prodigalidad los empleos, las pensiones, los grados, las condecoraciones y las cesantías.

Y era porque aquellos revolucionarios que nunca tuvieron conciencia del papel debian representar en la História, que no llegaron á comprender la mision que para bien de España les

habia confiado la Providencia, no supieron hacer *punto y aparte* con el pasado, no supieron investirse de su verdadero carácter; y el período revolucionario se inauguró como continuacion de la monarquía, sin el monarca. Los hombres de la revolucion fueron á punto seguido los sucesores de Gonzalez Brabo; y mucho más en la administracion del país que en la política, cuando era mucho más esencial y necesaria la variacion radical en aquella.

IV.

Cuando iba trascurrido un año despues de la revolucion de Setiembre, la situacion daba campo á muchas y extrañas consideraciones.

A excepcion de la Reina y de la familia Real, que nó ocupaban el Palacio de la Plaza de Oriente, todo continuaba en el mismo camino que durante el reinado de Doña Isabel II.

Habia un ministerio responsable de un rey X, con las mismas dependencias, idénticas Direcciones, Capitanes jenerales, Gobernadores y planta

de empleados de la monarquía. Cualquiera creeria que sólo se habia verificado un cambio de ministerio; y éste tal vez fué el intento de muchos de aquellos que ayudaron á la revolucion. De las reformas que el país ansiaba ni una sóla.

Verdad que no se pagaban los millones de la lista civil del Monarca; verdad que empezaba á estar completamente olvidado el pago del clero; pero esas bajas no producian alivio al país contribuyente; no se pagaba, pero se cobraba lo mismo...: nó, esto no es cierto, se cobraba más, y se escojitaban medios de cobrar más todavía. Al aumento de la contribucion territorial, se añadian los impuestos extraordinarios, las emisiones extraordinarias de papel, bonos, billetes hipotecarios, &c., &c., y se imajinaba capitacion, la prestacion personal, y no sabemos ni queremos decir cuántas y cuántas gabelas. Parecia que los mismos prohombres del movimiento se encargaban de hacer patente lo inmotivado de su elevacion.

Al Gobierno Provisional sucedió el Ejecutivo, á éste la Regencia. Luégo vino la Constitucion celebérrima de 1869, en la que consignando por

un lado los derechos ilegislables, inalienables (é inaguantables, segun decía el pueblo mismo) se estableció por otro la forma monárquica como la única adaptable á la gobernacion del país. ¡Rara confesion que la fuerza de la verdad arrancó á aquellos hombres que se sentian pequeños para mandar á un pueblo grande!

V.

El espectáculo que entónces presentaron nuestros revolucionarios fué lastimoso y estravagante. Los embajadores españoles en todas las naciones de Europa se dedicaron al estudio del almanaque de Gotha, en demanda de un Rey para el trono que acababan de hacer.

Las embajadas se habian conservado con sus pingües sueldos, para restañar las heridas de algunos lastimados anti-dinásticos, y contentar á otros bienaventurados de la revolucion setembrina. Apénas empezaban á gozar de las delicias plenipotenciarias, cuando la empresa de buscar monarca cayó como bomba para perturbar su tranquilidad.

Revolucionarios sin conviccion, no podian prescindir de tener monarca. Monárquicos sin entusiasmo, llegaron á formular su deseo de obtener la menor cantidad de Rey posible. Pero diplomáticos envidiosos, movidos por los celos de que otro lograse traer á España un jefe á su devocion, se lanzaron todos con ardor en busca de aventuras, y anduvieron de puerta en puerta, ó de córte en córte, pidiendo de limosna un Rey; Rey que no se pedia para el trono de San Fernando, por más que así se dijera, sino para el trono vergonzante de 1869.

A aquellos graves diplomáticos no puede recordárseles sin lástima, sin risa. El período no es para tratado en sério, no es siquiera para escrito: digno solamente del lápiz y del talento de Ortego, él lo dejó consignado gráficamente para enseñanza de las jeneraciones.

VI.

Aleman ó portugués, italiano ó turco, todos eran buenos y excelentes candidatos, porque la

urjencia era llenar el hueco, concluir con la interinidad, que *ahogaba á España,* segun decian los mismos que la habian traido, los mismos que ántes de verla concluida pensaban hacer todos los esfuerzos imajinables para prolongarla. Por esta razon latente no se llegaba jamás al deseado acuerdo. Cada cual ambicionaba para sí la glória de traer al nuevo jefe; cada uno en sus adentros meditaba ser el favorito, si no podia ser el dueño del entronizado advenedizo.

Las peripecias de la lucha, sorda unos instantes, clara y paladina en otros, cruda siempre y pequeña á más no poder, no entran en los límites trazados á este librito. Los lectores han podido observar que fieles al plan que nos hemos propuesto, descendemos raras veces á casos concretos, nunca á hechos determinados, jamás á la calificacion de las personas, huyendo hasta de estampar nombres sino en ocasiones ineludibles. Este libro sólo encierra consideraciones jenerales, rasgos comunes, siluetas vagas, con el fin de presentar cuadros en bosquejo, que puedan apreciarse en conjunto pero no en detalle; con tanta ménos necesidad de buscarlos, cuanto que escrito para contemporáneos,

torpe y raro será el lector que, dado el boceto, no se atreva á llenar de memoria los huecos y concluir los perfiles.

Como sobre ascuas es necesario pasar por este período de la carrera revolucionaria; hay asuntos que no pueden tocarse sin peligro, y no era ni es todavía para mirado de cerca el papel que en el mundo político desempeñaron nuestros gobernantes y nuestros diplomáticos, cuando paródias de Jerónimo Paturot, andaban en busca de Rey.

Despues de muchas contrariedades, cuando yá en el Parlamento y en la prensa se habian dado todas las vueltas posibles á todas las candidaturas imajinables, y cuando los periódicos republicanos habian concluido la tarea de ir desacreditando uno despues de otro á todos los que presumian que podrian ocupar el trono levantado por las Constituyentes y empuñar el cetro, que algunos jenerales precabidos conservaban colgado en el puño de las espada, para un caso de necesidad, por una votacion incalificable, 191 representantes, que dijeron serlo de la Nacion española, proclamaron Rey Don Amadeo de Saboya, hijo del Rey de Italia.

VII.

Última etapa, desenlace trájico del primer cuadro del drama revolucionario, fué el asesinato del jeneral D. Juan Prim.

Dotado de grandes cualidades, tal vez hubiera tocado el ideal que su mente acariciára; tal vez en un dia dado, desembozando sus aspiraciones, hubiera podido reconcentrar en su mano el poder, y ser con fortuna y con enerjía Dictador ó Presidente. Pero en nuestro sentir equivocó el camino. Sólo, y luchando con los partidos estremos hubiera podido llegar al triunfo. Apadrinando la candidatura de un Rey extranjero; poniendo á España en manos de un señor, siquiera fuera nominal su poderío, se inutilizaba su popularidad, se gastaba su nombre, y al desmoronarse en tiempo más ó ménos largo, aquella sombra de monarquía tan trabajosamente levantada, pero que de ningun modo podia sostenerse, atendida la índole del pueblo español, por fuerza habia de llevarse consigo el prestijio del que la apadrinó.

Reprobámos con toda la enerjía de nuestras convicciones morales el asesinato; no encontramos palabras bastante duras y significativas para anatematizar á sus autores, para denostar á los que de tan cobarde manera se deshicieron de un enemigo poderoso y enérjico; pero juzgamos que el hombre público desapareció cuando terminó su mision, cuando habia llegado al apojeo. Desencadenó la revolucion, y concluyó al entrar ésta en un nuevo período. Nombrado el Rey, la posicion del jeneral Prim era difícil, era indefinible; su estrella debia comenzar á descender, y para hombres de su temple no puede haber ocaso. Desaparecer en el zénit es morir con glória.

VIII.

Faltó el hombre que iba personificando el movimiento revolucionario, en el momento que pisaba el territorio de España el Rey nombrado por la revolucion. Los partidos todos sintieron el golpe y se turbaron más ó ménos, presintiendo su alcance, y las tormentas que por la ausencia de

aquel fuerte brazo podian desencadenarse súbitamente. Volviéronse las miradas al monarca, buscando nuevo representante al principio de autoridad; y en la paralizacion que por un instante produjo el crímen, reconcentrando sus pensamientos todos los hombres políticos, esperaron que, movido por tan poderoso resorte, el Rey habia de hacer cambiar la faz de los sucesos, imprimiendo nueva marcha, sello distinto, carácter más decidido á la política y á la administracion pública.

Se esperaba, tal vez sin darse cuenta de ello, que se inaugurase una época nueva; se creia que en todos terrenos se habia de hacer *punto y aparte* con el pasado.

Y en verdad, no faltaba razon para esperarlo.

Despues de once siglos volvíamos á tener un ensayo de monarquía electiva; forma de gobierno no usada en España desde el tiempo de la dominacion goda, muy conforme con el carácter individualista de aquella sociedad guerrera, y que por extraña contradiccion política parecía ser adaptable á una evolucion socialista. La casualidad, la fortuna ó la Providencia habian

hecho que el Rey buscado lo fuera en una Nacion rejida liberalmente hacía mucho tiempo, y que por condiciones especiales de su organismo recibia en su seno y practicaba todas las ideas nuevas. La España estaba cansada y empezaba á conocer el poco fruto que la revolucion produjera; y todos eran indicios de novedades y de variaciones que respondieran á las necesidades del momento.

Los hechos no justificaron aquellas esperanzas, aquellas ilusiones; pero esto lo verémos muy luégo; dejando por ahora como única conclusion asentada la de que, si la única ó la principal causa de la revolucion de Setiembre estaba en la desorganizacion de la Hacienda, esta misma causa subsistía al pisar el territorio español el Rey elejido; y no subsistía en el mismo estado que al estallar el movimiento, sino mucho peor, muy agravada por los desaciertos financieros del primer período revolucionario.

LA MONARQUÍA ITALIANA

I.

«Si yo gobernára el mundo,
»No le dé Dios tal desdicha....»

«ó si, por un incalificable cuanto inesperado azar »de la suerte voltaria, fuera yo llamado á gobernar »una nacion, á rejir un pueblo, á mandar siquiera »una ciudad ó una insignificante aldea, mi mayor »cuidado habia de estribar en hacer que por do »quiera quedase impresa la huella de mi paso; »que la atencion no se pudiera distraer un sólo »instante de mi persona; que mi actividad, mi »iniciativa, mi autoridad se dejáran sentir en »todo y por todas partes. Creo que este es el

»modo de hacer conocimiento con un pueblo que »no conozca de antemano mi nombre ni mis »proezas, con el que no me liguen vínculos de »afecto, y que no podrá mirarme en un principio »sino como intruso y ambicioso mandarin.

»Yo pondria patas arriba la administracion, »y patas abajo á los administradores, siendo »siempre del partido de los administrados; abatiria »antíguos fueros, prácticas abusivas y bríos ile»gales, ora estuviesen en Corporaciones poderosas, »ora en altivos caciques. Si entraba, que sí en»traria, y con mucha frecuencia, en cuarteles, »comería el rancho del soldado, y hasta me »recostaría en su lecho; daria mi nombre á ins»tituciones, gastaría mis rentas en obras útiles y »de reconocida utilidad jeneral. En benéficos »asilos enmendaria los abusos y derramaria el oro »en establecimientos públicos animaria al traba»jador y protejeria al jefe.... y por todas partes »procuraria que se comprendiese que el nuevo »señor, si no era bueno, deseaba serlo. En fin, »habia de procurar que el dia que de mí no se »hablase bien, se hablara mal; pero que siempre »me tuvieran en boca.»

Tal era el sistema que un andaluz de indudable injénio proponía como modelo al Rey que entra á rejir una Nacion extraña, y en la que no tiene afecciones, ni respetos. Es preciso hacer conocimiento con todos, y ser de todos y por donde quiera conocidos.

Educado á la moderna en la córte de un Rey constitucional, y acostumbrado á la práctica sincera del parlamentarismo, Don Amadeo de Saboya entró en España con el firme propósito de respetar la constitucion y seguir en todo las reglas del gobierno representativo. Su decision era inquebrantable, y tuvo valor y carácter para no quebrantarla. Fué un Rey constitucional sin tacha; esto dicen como su más lisonjero encomio los que le aplauden; nosotros, que tambien reconocemos la sinceridad de su constitucionalismo, vemos en su conducta la causa de los males que aquejaron á España durante su reinado y de los que luégo sobrevinieron; vemos tambien en ella los motivos de su ruina.

Si Don Amadeo de Saboya hubiera sucedido á su padre en la gobernacion de la Italia, pacíficamente rejida durante largo espacio de tiempo

por una constitucion practicada yá y aceptada por todos, su conducta hubiera sido digna de los más altos elojios. Pero debió considerar que pisaba el territorio de una Nacion trabajada durante muchos años por guerras interiores; donde la lucha entre la idea nueva y la antigua no habia concluido, y habia venido á recrudecerse con los últimos esfuerzos reaccionarios; donde una revolucion vencedora habia derribado en momentos al trono secular, y hacía tres años que guiaba sin obstáculos su carro triunfante, cuyas ruedas acababan de aplastar al hombre que la habia desencadenado; y donde los partidos extremos esperaban á la monarquía galvanizada y ficticia que se les propinaba, para abatirla entronizándose sobre sus restos.

En ocasiones semejantes no es buen Rey el que proclama la legalidad extricta. La Nacion pedia otra cosa; las circunstancias reclamaban imperiosamente una situacion de fuerza. Cada cosa en su tiempo.

Don Amadeo, jóven y valiente, fué un instante esperanza, muy luégo fué decepcion, desengaño, sombra, nada. Se anuló; careció de

iniciativa, de pensamiento propio: no conoció, ó no le dejaron que conociera el pueblo que debia rejir, y los nombres de Sagasta y Ruiz Zorrilla, del Duque de la Torre y Castelar sonaron con mayor estruendo y muchas más veces en los oidos de los españoles que el nombre del extraño monarca. Ese fué el error.

En situacion comprometida, tumultuosa, casi desesperada, se necesitaba el Dictador, el jefe de rápida vista, concepcion fácil, carácter decidido y ejecucion pronta. En vez de esto se ofreció al país el Rey constitucional, extricto guardador de las fórmulas, que nada hacía por sí, nada innovaba; que vivía en perpétuo sistema espectante sancionando lo que pensaban otros. Fué dar un glóbulo homeopático al herido que llevaba rota la cabeza y fracturadas ámbas piernas. Pero no nos anticipemos á los sucesos.

II.

El primer ministerio de la monarquía saboyana se formó de elementos disímiles y áun

adversos, queriendo presentarla á la Nacion y tambien á la Europa como apoyada por todos los elementos que habian tomado parte en la revolucion. Formaban en él el Duque de la Torre, Ayala y Topete, por una parte, Sagasta y Ruiz Zorrilla por otra. Miéntras que unidos caminaron se dejaron sentir distintas corrientes en los diversos ramos de la administracion, segun las ideas particulares del jefe que las impulsaba. Cuando se fueron deslindando los campos, cuando los vínculos fueron aflojándose y se hicieron infranqueables abismos las pequeñas diferencias que desde un principio existieran, y que no es necesario esplicar atendida la significacion de los hombres que formaron la combinacion ministerial, la lucha latente y sorda se hizo ver clara, y cada cual quiso ser jefe, naciendo del seno mismo de aquel Gabinete tendencias que áun hoy se dibujan ostensibles y nominadas en la política española.

Partieron unos al lado que podríamos llamar conservador, áun en medio de la revolucion; hicieron otros su bandera del nuevo código político y se llamaron constitucionales; los más

ardientes formando grupo decidido y en reemplazo del partido progresista avanzado, querian plantear desde luégo reformas radicales, y fueron bautizados con este nombre. Grupos menores se designaron con las calificaciones de cimbrios, fronterizos, y otras várias que no hacen á nuestro intento; las recordamos únicamente para indicar lo que desde luégo podria conocer el más miope, que en tanta division no cabe fuerza, ni puede ser duradera situacion política que tantos enemigos combaten.

Y como si todo esto no fuera bastante, se ajitaban de contínuo los dos estremos absolutista y republicano, fuerte aquel en la Iglesia y este en las masas populares, y trabajaba más vigoroso cada vez el alfonsismo que aprovechaba para la restauracion todos los desaciertos de sus adversarios, y engrosaba sus filas con los que de buena fé se formaron ilusiones algun dia y que, al verlas desvanecidas y previendo los desastres que amenazaban, volvian los ojos á la única salvacion posible, al sólo íris de esperanza que se vislumbraba, arrepentidos, aunque tarde, del apoyo más ó ménos directo que prestado habian á los trastornadores del órden social.

Del choque de tan encontrados elementos, de la lucha que en la sombra sostenian los políticos por alcanzar el mando, los unos por derribar lo existente destruyendo hasta sus últimas bases, los otros preparando nuevas vías para volver á lo pasado, resultaba una inquietud contínua, indefinida, un malestar que se sentia por do quiera, que á todos alcanzaba y que no era fácil remediar ni combatir; porque era hidra de muchas cabezas; procedia de múltiples causas cuyo oríjen no era posible investigar, ni definir, ni remediar.

El enfermo empeoraba; le abandonaban las fuerzas; las pérdidas no se reponian. Habia tempestades que trastornaban el cerebro; flaqueaba la cabeza; las piernas no podian sostener el cuerpo.

III.

Mal andaba con las suyas propias la nueva monarquía, que el terreno era desigual y ocasionado á tropiezos, como hemos visto, y las ambiciones, el encono, la inquietud de los partidos lo hacian por todo estremo resbaladizo.

No vamos á seguir paso á paso la história de la segunda etapa revolucionaria. Presentado el cuadro, el lector comprenderá toda su importancia sin más que fijarse en la poca luz y en las grandes masas de sombra que lo llenan. El paisaje es sombrío, pavoroso; se desea ver el sol en el horizonte para descubrir algo bueno entre tanta oscuridad.

Pero aquellas sombras no son las del crepúsculo matutino, sino las del ocaso; no hay que esperar el sol que se ha ausentado y tardará en volver. Secos están los pocos árboles que se vislumbran, y los que mejor se descubren están calcinados por el incendio. No hay aguas, ni flores, ni frutos, ni habitacion, ni familia.... ante cuadro tan sombrío el lector se sobrecoje y comprende que para hacerlo más agradable se necesita un pincel maestro, toques vigorosos, rasgos atrevidos....

No vamos á dibujar las figuras. Tal vez en otra ocasion nos consagrarémos á esa tarea; por ahora nos basta el fondo, en el que el más apasionado no nos acusará de haber ennegrecido las tintas.

Renació la lista civil, y tornó á asomar su lívida faz el carlismo amenazador; aquel cadáver galvanizado por los esfuerzos del ultramontanismo de toda Europa, y tal vez por la ayuda del filibusterismo, se lanzó á desgarrar nuevamente las entrañas de la pátria. Los presupuestos eran el caos, amenazaba por centésima vez la bancarrota; las contribuciones se recargaban, se multiplicaban queriendo el gobierno cobrar por todas partes y por todo; *hasta por respirar*, decia la jente del pueblo, hemos de pagar contribuciones. Sin embargo, se cobraba poco, porque las autoridades no obedecian bien, porque al desconcierto administrativo iba juntándose el desarreglo gubernativo; y la propaganda republicana, federal, internacionalista, que yá iba tomando proporciones aterradoras convertia en autónomos á los pueblos de más corto vecindario, y en autócratas á los más tozudos alcaldes.

Cuestiones de todo jénero dificultaban al par la marcha política, Córtes disueltas, Ministerios ora nuevos, ora remendados; la Hacienda por tierra, el erario sin atender á sus obligaciones más sagradas, pagando letras con pagarés sobre

las tesorerías de Provincia y abonándose éstos á su vez con letras sobre la central. Se borraron los delitos comunes de las hojas de servicios de los militares, y por último, cual digno remate á tanto desacierto, se disolvió el cuerpo de Artillería, borrándose de una sola plumada una de las glórias de España. Aquel fué el trueno gordo.

LA REPÚBLICA.

I.

Don Amadeo de Saboya abandonó el Palacio de los Reyes de España. Las Córtes reunidas en sesion permanente, al comunicárseles este acontecimiento, sin meditarlo, sin deliberacion, y haciendo uso de facultades que no tenian, proclamaron la República como forma de gobierno para la Nacion, y creyeron sin duda salvarla de un abismo, en aquella memorable noche del 11 de Febrero de 1873.

El país recibió la noticia sin emocion. Lo que se iba no podia juzgarse pérdida; no tenía raices ni en el afecto, ni en las instituciones, no causaba dolor la falta. Además era una trans-

formacion prevista; como ciertos efectos teatrales.

El nuevo gobierno no encontró obstáculos que vencer, y los mismos diputados y senadores que habian asumido el poder, se admiraron de la tranquilidad con que se planteaba una forma de gobierno desconocida en España. A los mismos que habian dado aquel verdadero golpe de Estado, asombró la manera dulce, suave, patriarcal con que habia comenzado la era republicana. Aquella tranquilidad era inesperada; los periódicos republicanos del dia lo dijeron claramente. Aquella tranquilidad era engañosa. Los primeros engañados fueron los gobernantes. La demostracion es fácil; mucho más fácil despues que los hechos vinieron á hacerla tan cabal y tan palpable.

Debajo de aquella al parecer dulce capa de finísima arena bullia la lava abrasadora del volcan. Bastaba herir el suelo para encontrar fuego. Las pasiones demagójicas vieron la ocasion de abrirse paso; Barcelona, Sevilla, Alcoy.... rejistran los hechos que patentizan la imprevision del partido que tomó las riendas del poder y

acusan cuando ménos de inexperiencia á sus hombres....

Figurémos á nuestros republicanos teóricos, Figueras, Pí y Margall, Castelar, Salmeron, Orense y demás corifeos propagandistas, como distinguidos botánicos que han querido implantar en nuestro suelo la flor preciosa que vieron crecer lozana, aromática y bella en otros paises. Pero el botánico prudente y entendido no mira solamente á la condicion de la flor ó del arbusto que le enamora; examina tambien la tierra en que ha de trasplantarlos, el clima que los debe sostener, el sol que vendrá á darles vida, ó á aniquilarlos. El delicado tulipan de Holanda vive mal en las ardientes comarcas andaluzas: sus colores puros se pierden, no conservan su agradable matiz sometidos á unos rayos ardientes de luz abrasadora. El preciado naranjo no se viste de azahar en los climas frios; no ostenta allí sus blancas flores de embriagador aroma, ni ofrece á la vista al armonioso color de su sazonado delicioso fruto; porque necesita calor, ambiente tíbio, noches serenas, y se debilita, y palidece donde la nieve oscurece el sol, donde el

cierzo, y el ábrego y el noto obligan á los céfiros á plegar sus dulces álas, á recojer su templado soplo durante largos dias y pesados meses.

Bella en teoría, apetecible por más de un concepto en la práctica, la forma republicana no ha sido jamás la del gobierno de los pueblos viejos, de las sociedades corrompidas. Verdad es ésta asentada por Montesquieu, y que no necesita ejemplos; ménos todavía los necesita, en nuestro leal entender, y por más que sea doloroso el consignarlo, que la sociedad europea, la española especialmente, es vieja, más aún, es decrépita, y que el pueblo de Cides, de Pelayos y de Alfonsos es ignorante, es holgazan hasta cierto punto.

Tan elementales verdades fueron las que olvidaron los botánicos que ideaban aclimatar en la Península Ibérica la forma republicana.

La democracia es antígua en nuestro país; yá lo hemos dicho. No hay necesidad de vociferar sus ventajas, porque hace muchos siglos que las tocamos: pero de la democracia á la República como forma de gobierno media un abismo profundo, que hace infranqueable la ignorancia

en que por lo jeneral se encuentra sumido el pueblo español; que hacen insondable los pocos hábitos de trabajo, la holgazaneria que domina por donde quiera, fruto de aquella misma ignorancia.

Si hemos de decir *cuatro verdades* ¿qué razon puede haber para que no las escuchen, siquiera por la recta intencion con que se ofrecen, los hombres de sana intencion del partido republicano?

II.

No nos asustan teorías; más aún, creemos que todas tienen algo, mucho de bueno y practicable; sabemos que la suerte de todas las verdades, el principio de todos los adelantos ha sido siempre el de aparecer como delirios, para venir despues á ser aceptados y contribuir al adelanto de la civilizacion. Pero las teorías políticas no deben aplicarse empírica y atolondradamente sin estudiar el estado del país. No desdeñar ningunas, rechazar las que no ofrecen resultados favorables, plantear en tiempo opor-

tuno las que con razon puede esperarse que contribuyan al mejoramiento de la sociedad; esa es la verdadera ciencia de gobierno.

Error insigne es querer imponer la forma republicana á un pueblo que en su gran mayoría no sabe ni áun lo preciso para la vida material, que no tiene costumbres políticas, cuyas facultades intelectuales no se ejercitan, que está en la infancia de los conocimientos, y juzga que república es la licencia, la negacion de toda autoridad, el abuso del poder individual, la satisfaccion de todos los goces, sin respetar derecho alguno. Las consecuencias del error no pueden dejar de ser terribles, é inmediatas.

Juicioso era ántes de dar derechos al pueblo, enseñarle su estension, señalarle sus deberes; necesario es ántes de dar armas al niño que aprenda á hacer uso de ellas.

Preciso era enseñar durante mucho tiempo, lo que no es fácil que la multitud aprenda; que el órden y la obediencia son aún más necesarios para la existencia de la república que para la de la monarquía; que el gobierno republicano tiene por su misma índole que ser más severo. Era de

necesidad inculcar, en vez de propagar otras ideas, que la república es gobierno, que solamente varía en la forma; que es autoridad, sin otra diferencia que el oríjen de ella y la duracion de su ejercicio; y que pudiera saber el pueblo que así como el pan que le alimenta no deja de serlo porque se haga de una forma ó de otra, así la autoridad y el gobierno son lo mismo en república y en monarquía, variando la forma, la hechura, pero no la esencia, que es necesaria para que pueda existir la sociedad.

La libertad es la espresion del movimiento de nuestro siglo. En otros se han señalado las luchas relijiosas, en éste las emigraciones de razas, en aquel los descubrimientos, en otro las conquistas para la estension material del territorio: la evolucion social de nuestro siglo es esencialmente filosófica, se sintetiza en la palabra libertad. Libertad para todos, libertad en todos los terrenos, libertad para todas las manifestaciones de la actividad humana. Pero téngase en cuenta una observacion; tanto repugna al movimiento filosófico de la época presente el resucitar el absolutismo, los derechos señoriales, la esclavi-

tud de los pueblos, como el querer someter las naciones á la tiranía de las demagójias, á los excesos del proletarismo, á las violencias de lo que quiere llamarse cuarto estado.

Libertades necesita el pueblo español; pero dadas sus condiciones de instruccion y sus hábitos de trabajo; teniendo en cuenta que no sabe cumplir deberes, ni conoce el círculo de sus derechos, la libertad en España ha de ser dada, no pedida. El liberalismo debe existir en el gobierno, que para satisfacer las aspiraciones de la época, las necesidades del país, ha de estar dotado de la suficiente ilustracion y buena fé para ir infiltrando poco á poco en las instituciones y en las leyes todo el espíritu liberal de la evolucion contemporánea.

Derechos tiene y debe ostentar nuestro pueblo, pero los ostentará cuando pueda, cuando su estado de ilustracion se lo permita; bien así como las leyes reconocen los derechos del niño pero no le dejan desvalido, sino que le dan tutor hasta que sabe rejirse, hasta que puede administrar sus bienes y disponer sus acciones con la necesaria prudencia para que no perjudiquen

á su propia persona. Si al niño se le confiáran armas de fuego, si al mancebo se le permitiera jugar con su fortuna, se causarian un daño evidente y pondrian en grave riesgo la tranquilidad de los demás. Así es el pueblo español; necesita curador todavía por mucho tiempo; tiene derechos, pero no puede ejercitarlos sin daño propio y sin peligro de los demás.

El gobierno ilustrado; el pueblo obediente; aquel de buena fé, de intencion recta; éste digno, sumiso y trabajador. Tal debe ser por hoy el ideal de todo buen patricio; tal es la senda que puede llevar á España sin tropiezos á la grandeza y á la prosperidad.

Fuerza en el poder, para que rija bien al pueblo que es vehemente y no conoce siempre lo que le perjudica; recta intencion, lealtad, franqueza, liberalismo sincero en los que lo ejerzan, para que siempre vayan por el mejor camino, para que no pidan á la Nacion otros sacrificios que los puramente indispensables, para que sepan irse despojando de los derechos del curador, al paso que noten van creciendo las facultades del pupilo; y aflojen las riendas al brioso corcel con-

forme le vaya encontrando conocedor de la escuela.

III.

Pero nos desviamos mucho de nuestro propósito. La república erró, y tomó la fatal pendiente que era indispensable tomára al quererse implantar en un terreno que no era propio para ella. La falta de fuerza en el gobierno, la multiplicidad de exijencias en el pueblo, son los grandes escollos en que tropieza la forma republicana áun en los pueblos que saben practicarla. ¡Cuánto mayores no serán en una Nacion que no la comprende siquiera!

Cuando el pueblo es ignorante no puede tener el derecho de peticion porque pide lo que le daña, lo que le perjudica, y á veces lo imposible. Entre nosotros las reformas deben venir todas de arriba, del punto donde se encuentran la intelijencia, el estudio, la ciencia; lo que venga de abajo ha de ser malo como producto de la ignorancia. Cuando el gobierno quiere complacer á todos; cuando se cree que la libertad es el desenfreno, y que es libre

el ciudadano cuando satisface todos sus deseos por exajerados que parezcan, aunque al hacerlo haya de lastimar los derechos de todos los demás; cuando se llama al castigo abuso, á la prevision tiranía, el gobierno tiene por fuerza que ser débil; y si mala es la debilidad en los gobiernos personales, fatalísima es en los populares, porque enjendra muy luégo la licencia y trás de ella viene la anarquía. Tenemos el ejemplo tan cercano, tan reciente, tan vivo que basta con el recuerdo.

Por alcanzar partido entre las masas, por hacer gala de novedades, por ganar lo que una señora de gran injénio llama populachería (que no es la popularidad bien entendida) se habia hablado al pueblo español de *república federal;* y el pobre pueblo en su ignorancia habia acojido la frase (si no la idea) como se acude siempre á lo desconocido, con la esperanza del medro personal, del mejoramiento de situacion, creyendo que en república federal vendria para el proletarismo el maná; descenderian los ricos y subirian los pobres, y todos tendrian bienes, goces, felicidad y bienandanza sin trabajar poco ni mucho.

Apénas establecida la república comenzaron

á turbar la tranquilidad los chispazos federales; á exacerbarlos se unió con ellos la lava socialista atizando los ódios, exaltando las malas pasiones con la propaganda de la Internacional. El gobierno cada vez era más débil; no podia castigar á los que se ajitaban por plantear doctrinas que ellos mismos le habian enseñado.... El período fué breve; pero la España sufrió mucho en poco tiempo.

Figueras el antíguo tribuno partió con sus dioses lares al extranjero; al escéptico Pí y Margall sucedió el filósofo Salmeron, y como recojian tempestades por natural consecuencia de los discursos que habian sembrado, como no podian bajo título alguno hacer respetable su autoridad, y sentian temblar el suelo bajo sus plantas á impulso de los vientos demagójicos que arreciaban amenazando anonadar la pátria, hubieron de ceder ante el orador republicano que, convertido en Dictador, pretendia sostener de buena fé, y haciendo pública y honrada confesion de errores pasados, la única república posible. Castelar antepuso la pátria á la república. Castelar vió amenazada la integridad nacional, vió levantar con gran fuerza

su pendon al tenaz absolutismo, y tuvo valor para plegar la bandera política y hacer ondéar la bandera nacional.

Su intento era patriótico y era laudable. Para ser gobierno lo primero es gobernar. La anarquía traia la ruina de la Nacion, el anonadamiento de la pátria.

Los hombres políticos no son dados á reconocer sus errores. El ejemplo de Castelar fué muy raro: por eso es más digno de elojio. Los demás republicanos siguieron impávidos su camino y declararon la guerra más cruel al eminente orador, al único hombre de gobierno nacido de sus filas: y era tanta su ceguedad, tan enorme su obcecacion, que no veian lo que veíamos todos, no sentian la tormenta que sobre sus cabezas se formaba, ni adivinaban el rayo próximo á caer.

IV.

Castelar iba á ser vencido y arrojado de su puesto por los mismos hombres que habian llevado la España al borde del abismo; por los mismos

que con su desatentada conducta habian prestado fuerzas al absolutismo, cuyas huestes engrosaban en el Norte, y se estendian por el Centro. Esto no podia suceder, y no sucedió.

Bastó la resolucion de un jeneral entusiasta, y algunos guardias civiles, para dar el primer paso en la senda de la reconstitucion social. Fué un golpe de Estado gravísimo, y sin embargo, nadie lo extrañó, nadie pudo ser sorprendido, porque estaba en la conciencia de todos. El 3 de Enero permitió á los españoles vislumbrar la aurora de un nuevo dia, trás de prolongada oscuridad é incertidumbre. Se comprendió que las fuerzas vivas del país recobraban su imperio, que los amantes del órden se imponian, que la voz de la pátria encontraba eco en los corazones, y renació la esperanza.

Tal vez en aquel momento, en que lo angustioso de las circunstancias demostraba á todos la necesidad de una situacion de fuerza, pudo darse el paso decisivo hácia la reconstitucion yá por todos anhelada; tal vez la solucion difinitiva hubiera calmado muchas pasiones y evitado muchos males.... No se nos ocultan, sin embargo,

los obstáculos con que hubiera podido tropezarse, y por eso creemos que el jeneral D. Manuel Pavía merece aplausos sin reserva por lo que hizo, sin que pueda censurársele por lo que dejó de hacer. La nueva era se iniciaba.

V.

Pero habia muchos intereses comprometidos en la revolucion; se habian despertado muchas ambiciones que no era fácil acallar; los elevados por el viento de la perturbacion no se resignaban fácilmente á ocupar modesto lugar en situacion más tranquila. Sólo así se esplica la lenta marcha de la restauracion en todo el año 1874.

En el ánimo de todos estaba el completar la obra iniciada; hasta de ello se trataba sin rodeos en las esferas mismas del gobierno; pero una era la manifestacion y otro el deseo; una cosa era el plan y otra cosa la realizacion del hecho. Las dulzuras del mando embriagan, el verse á cierta altura desvanece, la ambicion ciega; la atmósfera de los palacios causa ensueños irrea-

lizables, y los que sin esperarlo ponen el pié en sus salones, sienten pena infinita al abandonarlos, y procuran dilatar la estancia aunque sea por dias contados.

El país iba despertando poco á poco; las miradas se fijaban en las provincias del Norte cada dia más dominadas por el bando carlista; se veia con espanto la creciente oleada de aquella calamidad, y todas las esperanzas se concentraban en el ejército, cuya organizacion renacia, cuyo espíritu era bien conocido, y cuyo mando, por la fuerza misma de las circunstancias, iba viniendo á parar en manos de los jenerales de mayor prestijio, monárquicos, dinásticos. El absolutismo amenazado hacía los últimos esfuerzos; la division entre los hombres importantes del gobierno contribuia á aumentar sus fuerzas. Soldados habia, reorganizábanse los cuerpos de ejército, se obtenian parciales ventajas; pero faltos de una bandera los soldados de la pátria, mandados por jefes que no podian dar el verdadero grito de guerra sin faltar á sus deberes, las operaciones se emprendian sin entusiasmo, languidecia el empuje, y todo se hacía

con poca fé y como en espectativa de un suceso que viniera á dar cohesion, unidad, vigor á la lucha emprendida.

Una esperanza se tocó más de cerca; el más teórico de nuestros hombres de guerra, despues de haber libertado á Bilbao de un bárbaro asedio, se dispuso á herir en el corazon á aquella guerra civil, sostenida en nombre de principios cuyo ejercicio no puede volver, porque en su descrédito se conjuran muchas causas, y es además refractario al espíritu moderno, y antipático para la Nacion. Sabido el modo de pensar del ilustre y desgraciado Marqués del Duero, no ocultando él tampoco sus aspiraciones ni sus intentos, España esperaba ansiosa dos sucesos, que segun sus deseos habian de confundirse en una sola glória. El aniquilamiento de la horda carlista con la toma de Estella y la proclamacion de Don Alfonso XII por el ejército victorioso.

Cuando el movimiento estratéjico del jeneral Concha iba completándose, una bala detuvo el progreso, privando al ejército de su cabeza y á la Nacion de una de sus glórias militares más lejítimas.

Desde entónces hasta fines del año, la existencia de aquella innominada interinidad que rejía los destinos del país, fué laboriosa y llena de azares. El fantasma alfonsista se levantaba por do quiera. Si buscaba jefes para las tropas, éstos ponian por condicion el desplegar franca y lealmente la bandera monárquica; si se trataba de completar el Ministerio, algunos de los ministros manifestaban en el seno mismo del Consejo que sus aspiraciones eran alfonsistas: y donde quiera volvian los ojos encontraban grabado el nombre de Don Alfonso como *Mané-Thezel-Pharés* que turbaba constantemente su festin gubernamental.

Transigiendo con los unos, acariciando á otros, derramando palabras y promesas seguia la interinidad, sabiendo que sus dias estaban contados; pero en el ardiente deseo de prolongar por algunos su dominacion, y de disfrutar los goces del poder, no reparaban en los males que aquel estado de cosas incoloro é indefinido causaba á la España. Porque muerta la República, en aquel año no fué la España republicana, habiendo abdicado el Rey de los 191, la monar-

quía de 1869 estaba vacante, y no se soñaba en buscar quien la desempeñase, y como no se marchaba francamente á la restauracion, vivia el pais en situacion anómala, gobernado por unos hombres encumbrados por su sola ambicion, ó por la condescendencia del jefe que tuvo ánimo bastante esforzado para salvarlo de la anarquía en el célebre 3 de Enero.

Evidente para todos era que aquel estado no podia durar; sabian y decian hasta los ménos entusiastas que se necesitaba una situacion definida, que el triunfo de la restauracion era inevitable; però los gobernantes miraban con verdadero amor aquellos palacios en que por la casualidad moraban, que habian alhajado para su uso, y procuraban dilatar cuanto era posible el triste momento de abandonarlos para siempre.

VI.

Si al llegar á las postrimerías de la revolucion, queremos echar una ojeada retrospectiva, deteniéndonos un momento en el camino empren-

dido, como el viajero que habiendo subido una escabrosa montaña se pára fatigoso, y miéntras cobra nuevo aliento mira con curiosidad lo que lleva adelantado, poca satisfaccion esperimentarémos. Más de seis años han trascurrido, y en todos ellos no vemos más que oscuridad y tinieblas; no descubrimos otra cosa que nuevos males unidos á los antíguos que á la Nacion aquejaban: sangre, desconcierto, temores, pobreza, guerra y venganzas son las plantas que en el campo de la revolucion han producido sus doctrinas, en mal hora sembradas; si alguna flor se ha hecho lugar entre tanta ruina, si algo bueno se ha cosechado, por casualidad, desaparece entre tanta maleza; el humo del incendio y el humo de la pólvora, no permiten que se vea lo poco bueno que entre tanto malo haya podido brotar.

Desde luégo puede asegurarse, sin temor de que el más ciego apasionado desmienta el aserto, que la revolucion no habia producido ninguno de los bienes que de su accion perturbadora se esperaban.

Volviendo al tema, que nunca debe perderse de vista, fácil sería demostrar matemáticamente,

con estados y guarismos tomados de los centros oficiales y autorizados, que la Hacienda española en el período de seis largos años habia empeorado considerablemente, que la situacion era aflictiva, desesperada; que el buque financiero se iba á pique sin que hubiera piloto bastante hábil para sacarlo del escollo en que embarrancaba. No es tan formal nuestro intento y por eso no acometemos el trabajo. A grandes rasgos trazamos el cuadro, asentamos *cuatro verdades* capitales, que conocidos son por demás los comprobantes, y no preciso descender á detalles. A lo ménos, no lo exije nuestro pensamiento.

Tres guerras sostenia la República cuando dió el tropezon de 3 de Enero de 1874. La una con los sectarios de lo pasado; la otra con enemigos extranjeros; la tercera con hijos nacidos de su propio seno, alimentados á su calor, mimados en su regazo y que planteaban los principios que se les habian predicado, reduciendo á práctica la teoría. Las poblaciones ocupadas por los insurrectos de una y otra estofa estaban arruinadas; el resto de la Nacion estaba aniquilado, porque era imposible que acudiera con el continjente

necesario en hombres y dinero para tan desastrosas jornadas. No habia fuerzas, no habia medios de cubrir tan repetidas exijencias.

Se ordenaban quintas, se multiplicaban contribuciones, se imponian empréstitos. Los campos incultos por falta de brazos no daban las necesarias cosechas; los hombres eran llamados á la guerra y no acudian al trabajo; la propiedad no podia utilizar sus productos, quedando los frutos en el árbol por las inmoderadas exijencias del proletarismo armado; los contribuyentes dejaban sus bienes en manos del fisco, no pudiendo pagar tanto gravámen.

La riqueza desaparecia; la escuadra de la Nacion estaba convertida en enemiga; la inseguridad de los campos alcanzaba á las poblaciones; por donde quiera que se tendia la vista reinaba la confusion, el desórden. Pero no ese desórden que anuncia los grandes sucesos, que precede al alumbramiento de los nuevos jérmenes, que acusa vida exuberante y riqueza de fuerzas.... Era el desórden de la descomposicion, el síntoma de la falta de vitalidad, el anuncio de la muerte.

La Bolsa bajaba cada dia, acusando á los autores de tanta ruina; anunciando la inseguridad del gobierno y la desconfianza de la Nacion, que su voz proclamaba elocuente en la depreciacion de los valores públicos. Habian dejado de pagarse las obligaciones del Estado; los cupones de la deuda eran papel sin valor. Millares de familias perecian en la miseria; el comercio agonizaba; todas las clases sociales sentian el pavor que precede á las grandes crísis.

La pátria estaba en peligro. No eran vanos temores de la clase conservadora; el elocuente tribuno lo dijo en frases harto espresivas, al pedir su olvido á la história y su perdon á Dios. Ninguna de las crísis supremas por que España ha atravesado en las diversas peripecias de su laboriosa civilizacion, ha igualado á ésta; nunca ha sido llevada tan al borde del abismo; jamás corrió tanto peligro de perderse.

¿Qué haria la Europa, qué partido podria tomar colocándose en frente de una Nacion amenazada por la bancarrota, destrozada por el filibusterismo, el absolutismo y el cantonalismo? ¿Qué respetos, qué consideracion de las demás

naciones podria exijir esta triste España presa de la anarquía, víctima del descrédito, que sólo servia para dar asilo y esperanza á los perturbadores de todo el mundo? Mirar al horizonte ponia pavor en los corazones; pensar en el porvenir de la pátria hacía asomar las lágrimas á los ojos.

LA RESTAURACION

I.

Post nubila Phebus. Nunca quizá han podido concebirse mayores esperanzas de rejeneracion social, moral y política, que al advenimiento del Rey Don Alfonso XII al trono de sus mayores. Tal vez en ningun período de nuestra história se ha visto mayor calor en deplorar los males, en reconocer su inmensa gravedad; unanimidad tan completa en formular el remedio. Todo lo esperábamos de la Restauracion.

Alzábase de nuevo y con mayor lustre el glorioso trono, que en vano habian querido hacer odioso las desencadenadas pasiones; tornaba la dinastía, oscurecida durante siete años, pero nunca perdida de vista por los leales, que la

contemplaban á través de los desórdenes y del desquiciamiento social, como se vé el sol á través de nubes tormentosas; y el trono y la dinastía volvian á lucir en el horizonte político representados por un monarca jóven, puro, ilustrado y objeto de las simpatías de cuantos de españoles se preciaban.

Ningun dia ha lucido, nos atrevemos á asegurarlo, de mayores esperanzas para la España contemporánea que el 31 de Diciembre de 1874.

La farsa política parecia tocar á su fin. Un jeneral valiente y jeneroso, inspirado por su amor al órden, por su entusiasmo y su fé, no dudó un momento en lanzarse al peligroso azar, y en los campos saguntinos dió el grito de ¡viva Alfonso XII! El corazon del ejército era monárquico. Los hechos no pueden ir por contrario camino que los sentimientos; la restauracion estaba hecha; la España se habia salvado; la nueva era comenzaba....

Jamás se ha dado paso más atrevido, ni hay memoria de un trastorno tan radical, que se haya verificado como la proclamacion de Alfonso XII, sin resistencia, sin lágrimas, sin sangre.

En la alegría que rebosaba en los semblantes se conocia que festejaban un dia de glória nacional: habia algo de grande en aquel regocijo que hacía pensar en el que habiamos sentido el 6 de Febrero de 1860.

Todo fué gozo, entusiasmo, locura.... Los pueblos se abrazaban. ¡Espectáculo grato y consolador que hacía presentir dias felices para la pátria.

Al alborear la luz de la restauracion pareció que habia el propósito de caminar por el buen sendero. El monarca se presentó al ejército, intervino en los combates, sufrió las inclemencias de la estacion y volvió á su córte con aureola inmarcesible, gloriosa que prestaba nuevos y mayores atractivos á su simpática figura. Comenzó muy luégo á tratarse en público y sin reserva de los hermosos rasgos de carácter en que el Rey mostraba la jenerosidad de su corazon, la elevacion de su intelijencia. El Rey era sóbrio; el Rey era puntual, y nadie esperaba en cita que de él hubiera recibido; en el consejo su golpe de vista era perspicaz, y su opinion juiciosa, profunda y más atinada de lo que de sus años juveniles podria esperarse. En

público se presentaba con frecuencia y solo, despertando el amor del pueblo, que así le veia valiente, severo y confiado.

El entusiasmo crecia; la dinastía echaba raices, la corona se aseguraba en las sienes del jóven monarca, que traido al trono de sus antepasados como una esperanza de todos los buenos, debia ser sostenido y amado por todos los buenos de recta intencion, que se fundian entónces en una aspiracion comun.

II.

¿Por qué no se han tocado todavía los fecundos resultados que tan felices principios prometieron? ¿Qué razones, qué causas ha habido para que las divisiones comiencen de nuevo, para que las antíguas se recrudezcan, para que estemos aún muy léjos del ideal que todos los buenos esperaban? El alfonsismo era leal, era patriótico, era ardiente. ¿Por qué comenzó á enfriarse desde el momento del triunfo? ¿Por qué en los dias mismos de la victória se escucharon yá signos de desconfianza?

¡Ah! doloroso es decirlo: porque la anhelada restauracion no hizo *punto* y *aparte* con el período revolucionario; se contentó con ser *punto* y *seguido* de aquellos Ministerios incoloros que no tenian otra razon de ser sino el temor de lo antecedente, el miedo de que tornásemos á lo que se habia dejado atrás, y los deseos de mando de sus indivíduos. Los hombres de la restauracion incurrieron, sin pensarlo, en el mismo error que los revolucionarios. Temieron romper con lo anterior, y en vez de abrir una nueva era con caractéres propios y colores francos, decididos, inauguraron un período que no ha logrado satisfacer á unos ni á otros, y que, si la monarquía de Don Alfonso XII no tuviera tan profundas raices en el afecto y en la conviccion de los españoles, pudiera ser perjudicial para ella, y funesto tambien para la pátria.

III.

¡Cuán doloroso es decirlo! ¡Cuánto más angustioso es verlo! ¿No hemos aprendido nada en las lecciones de la esperiencia? ¿Nada significan

para los partidos, para los hombres que se llaman políticos, las rudas pruebas á que ha sido sometida nuestra pátria? Verdaderamente se dió un paso en falso, se emprendió una marcha que á nada bueno podia conducir cuando se provocó la reunion de los notables, y se pusieron sobre el tapete las más árduas cuestiones políticas, internacionales y relijiosas, para que empezando á deslindarse campos que estaban unidos, disgregándose unidades que estaban agrupadas para hacer el bien comun, nacieran los ódios mal contenidos, vinieran las recriminaciones, se alterasen las conciencias, y se convirtiera en campo de Agramante el que hasta entónces habia sido teatro de concordia y palenque donde cabian todos los buenos.

El error fué tanto más notable, cuanto que habia una cuestion gravísima, vital y capaz por sí sola de absorver la atencion del país, sostener sus esperanzas y obligarle á toda clase de sacrificios. Era preciso para el esplendor de la monarquía de Don Alfonso XII ahogar el carlismo, sofocar las hordas ultramontanas, dar la paz, y hacerlo de una manera rápida y brillante.

Más aún; esa cuestion trascendental bastaba por sí sola para justificar la Dictadura á los ojos de España, á los ojos de Europa. Don Alfonso XII, su gobierno tambien, necesitaban tener reconcentrada en su mano toda la autoridad, toda la fuerza, para acudir denodadamente á curar aquel mal vergonzoso. Privarse de los medios de accion, crearse obstáculos en todos terrenos, levantar enemigos donde no los habia.... tal fué el desastroso efecto de la reunion llamada *De los notables*, que venía, al parecer, á preparar trabajo á las futuras córtes jenerales del Reino, cuya convocacion se dejaba yá entrever; cosa nunca vista en los fastos parlamentarios.

Y volvimos á vernos colocados en situacion anómala, y el Gobierno que caminaba libre y desembarazadamente en su obra de reconstitucion del país, se vió detenido por las exijencias políticas de los prohombres, teniendo que adular al uno, que animar al otro, que complacer á éste, que intimidar al de más allá, agrupando dispersos, dividiendo enemigos, templando á los ardientes, estimulando á los tíbios, y dando, en fin, principio á esa política de intriguillas menudas, de

falacias y engaños caseros, que tan fatales habian sido en otro tiempo, y que debieron desterrarse para siempre.

IV.

Desde este punto se ha marchado por terreno cada vez más falso, se ha colocado el Gobierno en una pendiente cada vez más rápida, y no se ha caminado como era de esperar á la reconstitucion social, y con el fin de crear popularidad, amor, fuerza alrededor de la única institucion que puede salvar del abismo la sociedad española.

En los primeros momentos se comprendió que el Gobierno Rejencia no venía dispuesto á romper con los abusos pasados, y esto comenzó á enfriar aquel entusiasmo ferviente con que por todas partes se acojió el grito de Sagunto. Verdad que, segun yá hemos consignado, pareció en algunas ocasiones que habia intencion de caminar en línea recta, de empuñar las riendas con mano firme, y guiar por la única vía que todos anhelaban, que era la de la moralidad y la justicia. Pero los momentos de ilusion fueron cortos; muy

luégo venía el desencanto al ver que se descuidaba la cuestion financiera hasta un punto inconcebible, y que en vez de procurar salvar la Hacienda se embarrancaba más por satisfacer exijencias que no se comprenden por su alcance y significacion. Ora se hacian nombramientos que patentizaban la continuacion de odiados caciquismos, entregándose ricas provincias y ciudades populosas á la discrecion de mimadas nulidades y orgullosas medianías; ora se tomaban acuerdos que claramente decian se trataba de contemporizar y transijir con los mismos que la opinion señalaba como ajentes y causantes de todos los males ocurridos en períodos anteriores.

Y despues de todos estos errores que tantos y tantos males causaban alentando á los que deberian estar reducidos al silencio y sumidos en oscuridad, y desesperanzando á los que ansiaban la buena era, á los leales, á los probados, veian todos con asombro, con verdadera pena, que engreidos en el triunfo seguian los gobernantes la fatalísima senda que tan funesta fué para Don Amadeo de Saboya.

De un lado y de otro se lanzaron á la

arena periodística y á la pública discusion los nombres de muchas entidades políticas, suponiendo con razon ó sin ella, que cada una significaba una aspiracion, que todos contaban con adeptos, que cada una podria en dias no lejanos ser apoyo para el gobierno, ó impedimento y obstáculo para sus fines. Los nombres de los jefes volvieron á ocupar en la tribuna, en la prensa, en el pueblo y en la política jeneral el lugar que debió reservarse única y esclusivamente para el Monarca elevado al sólio por el amor del país, para el Rey querido de todos, para Don Alfonso XII que es emblema de paz, lazo de amor, y esperanza para la pátria, para la familia, para la sociedad.

V.

La política de ancha base proclamada en aquellos momentos era la única política salvadora; era el único medio de fundir en un gran partido dinástico, nacional, poderoso á todos los hombres de procedencia liberal, que aleccionados

por la esperiencia dolorosa ansiaban una era de moralidad y de verdadero españolismo.

El partido llamado hasta entónces alfonsino estaba llamado á ser el centro de la confederacion de los buenos españoles. Pero para esto era preciso haber practicado la política de ancha base de una manera mucho más elevada, mucho más noble, mucho más desinteresada, y en una palabra, de una manera verdaderamente patriótica.

El trono de Don Alfonso es la salvacion de la España. Vengan alrededor del trono los hombres honrados de todos los antíguos partidos, que hayan comprendido en las rudas pruebas que han pasado la necesidad de un gobierno fuerte y nacional. El hombre amante de su pátria que decididamente quiere prestar su apoyo al trono, bien sea por haberlo considerado siempre como institucion salvadora, bien sea porquè haya conocido en la piedra de toque dè la esperiencia el absurdo práctico de seductoras teorías, caben en la formacion del gran centro dinástico llamado á conservar la pátria, la relijion, la sociedad, la familia.

Vengan los hombres honrados sea cualquiera el campo de donde procedan; pero atrás los farsantes, léjos los mercaderes de política, los jirasoles del gobierno, los que hacen evoluciones contínuas para medrar, volviendo siempre el rostro al sol que más calienta. Esto, poco más ó ménos debió ser el credo de la nueva agrupacion, el programa del gobierno de la nueva monarquía. Partido grande, partido que se colocára en rejion bastante alta para no ver los errores pasados; partido fuerte que pudiera dispensar de las faltas políticas, sin volver nunca la cara atrás; pero que no absolviera de las faltas morales, y rechazára de su seno á cualquier bandido por muy disimulada que fuera la capa que lo cubriese, por elevada que fuera la significacion política del personaje.

No debió darse cuartel por concepto alguno al traidor, al desleal, al ingrato, al venal, ni al concusionario; la ancha base debió tener como fundamento más profundo la moralidad.

De esta manera se hubiera hecho *punto* y *aparte* con todo lo que en España estábamos habituados á ver y tocar; se hubiera creado una

situacion que hubiera podido hacer *punto* y *aparte* con el tristísimo tiempo pasado, guiando la nave con mano fuerte por el camino de la moralidad, que conduce al puerto de la reconstitucion social.

VI.

Espuestas quedan con claridad bastante nuestras teorías acerca del movimiento progresivo y liberal de la edad moderna, para que ningun lector, por apasionado, por parcial que pueda ser, sospeche que al manifestar disgusto porque la restauracion no haya hecho *punto* y *aparte* con el período revolucionario, éntre en nuestro cálculo, ni áun pase por nuestra imajinacion el sostener que debió inaugurarse un período semejante al iniciado por Fernando VII al salir de Cádiz en Octubre de 1823; que debió perseguirse á los hombres de los seis años, y pasar por las armas á todo el que hubiera tomado parte en el movimiento, ora fuese radical, ora republicano.

No es esa la manera de crear, ni de dar fuerza á una institucion; no es así como se hace *punto* y *aparte*. La diferencia debió consistir en

haber abierto desde luégo un período de tolerancia y de verdadera libertad, de moralidad y de justicia. Preciso era, en nuestro entender, haber empezado por iniciar el remedio de aquellos males que aquejaban al país desde mucho tiempo atrás, cuya cura debió haber hecho radicalmente la revolucion, y que en lugar de hacerlo se habian empeorado considerablemente, segun se desprende de los antecedentes, que dejamos indicados.

Aleccionados todos por la dolorosa esperiencia, y más que todos los hombres llamados á rejir los destinos del país, parecia lójico el entrar en nuevas vías, huyendo de los malos pasos que hasta entónces se habian dado por unos y por otros.

Era preciso evitar el personalismo de los jefes, que no son sino ambiciones pequeñas que no conducen á nada grande.

Era necesario que el Rey fuera el símbolo en todo y por todo, para acallar con su nombre, con su prestijio, con el amor que inspira, todas las malas pasiones, que triunfantes por tanto tiempo no era posible esperar se redujeran de repente al dominio de la razon, y á entrar en la senda de lo justo.

«Nosotros creimos, dice un escritor anónimo, »pero de excelentes ideas y recta intencion (1), »que robustecido el gobierno con la confianza »real, iba á entrar de lleno en la política que »durante la tempestad revolucionaria habia cons»tituido el bello ideal de nuestras aspiraciones.»

«Creimos, que al dia siguiente iba á renun»ciar á la dictadura, restableciendo con carácter »de interinidad cualquiera de las constituciones »que rijieron en la misma monarquía ántes de la »catástrofe de 1868; que se convocarian los comi»cios para la eleccion de Diputados y Senadores; »que se abririan las puertas de la pátria á los que »lloraban sus extravíos políticos en lejanas tierras, »y serian entregados á los tribunales los autores »de delitos comunes; que se moralizaria la admi»nistracion pública, y que el favoritismo no vol»veria á ocupar los puestos que corresponden á »la capacidad y á los servicios: en una palabra, »que se haria política de reparacion para unos, »de clemencia para otros, de atraccion y de justicia »para todos.»

(1) LA RESTAURACION, por L. J. y A.—Sevilla: Tarascó, 1876.—Pág. 9.

Eso mismo creyeron cuantos de buena fé y con deseo de fijar la suerte de la pátria seguian con interés la marcha de los sucesos y miraban con afan al porvenir.

VII.

Noble y alta era la mision del alfonsismo: tan noble y tan elevada luégo que fué triunfo, como cuando era aspiracion. No se limitaba el papel que la Providencia nos confiára á restablecer la monarquía, á colocar en el trono al Rey lejítimo; teníamos, y tenemos todavía otra tan salvadora, que hemos de cumplir con nuestro jefe por cabeza. La de restaurar los males de la pátria, la de curar las heridas que la debilitan, engrandecerla, procurando tranquilidad en el presente, seguridad para el porvenir.

El medio no es difícil. Es necesario demostrar á los ilusos, hacer patente al pueblo que en la monarquía de Don Alfonso XII se simboliza la libertad mejor que en el gorro frijio y en la milicia nacional; que bajo su cetro encuentra el

pueblo más proteccion y mayor suma de bienestar; que á la sombra de su trono florece la industria, se desarrolla la agricultura, se engrandece el comercio y creciendo la riqueza se aumenta el trabajo, mejor que entre los motines, las asonadas y las manifestaciones.

Para llegar á tan satisfactorio resultado, para que todos sin excepciones comprendan que esa no es una paradoja, que no es un sofisma, que no es el ensueño de unos cuantos entusiastas, sólo se necesita fé y buen deseo, porque las verdades llevan en sí propias el medio de traducirse en hechos, de convertirse en realidad. En ocasion solemne lo hemos dicho: la monarquía de Don Alfonso XII es la única salvacion de España, porque solamente bajo su bandera pueden reunirse á nuestras gloriosas tradiciones del pasado todos los adelantos de la época presente. En tan lijera enunciacion vá envuelto un pensamiento profundo, trascendental y del que pueden deducirse muchas consecuencias prácticas.

La monarquía de Don Alfonso XII nunca podrá olvidar su glorioso oríjen, que es la história de España, por donde se enlaza con todos nuestros

grandes hechos; pero tampoco dejará de aceptar todas las conquistas de la sociedad moderna, y las recibirá paulatina y juiciosamente sin lanzarse á peligrosas aventuras. En esta condicion vemos el secreto de su futura grandeza, descubrimos la base del porvenir en nuestra pátria, entrando de lleno en el gran concierto de las naciones civilizadas, de cuyos adelantos la han tenido alejada causas de muy diversa naturaleza, pero que no pueden destruirse en un instante, así como tampoco se borran sus huellas sino con el trascurso de muchas jeneraciones.

España para ser grande, para volver á representar el grandioso papel que tuvo á su cargo entre las naciones europeas, no puede olvidar su história, sus tradiciones, su glória; tampoco puede desconocer el estado actual del mundo político, del mundo científico; y de la misma manera que se envanece haciendo justo alarde de sus hechos ilustres, del nombre de sus hijos que en tiempos pasados alcanzaron la inmortalidad con sus hazañas, con su jénio, con sus virtudes, debe abrir hoy ancho palenque donde puedan desarrollarse aquellas dotes, que no han muerto en los que

nacen bajo su cielo, y dar campo para que la história moderna pueda presentar á las jeneraciones futuras tantos nombres ilustres en todos los ramos del saber humano, como la história antigua ofrece hoy á nuestra admiracion.

Punto y *aparte* es necesario hacer en todos terrenos. Convénzase nuestro pueblo de los errores en que le han inducido, alucinando su imajinacion ardiente con irrealizables teorías, con falsas doctrinas. Vea en la monarquía la institucion salvadora, en Don Alfonso XII una glória de la Nacion. Comprendan las clases todas que es necesario, para que se edifique sobre cimiento sólido, y se formen las bases de la futura grandeza de España, inaugurar una era de moralidad y de justicia; que se haga *punto* y *aparte* en nuestra manera de existir, y procuremos ser españoles por nuestra história, europeos por nuestros adelantos.

VIII.

No debemos, sin embargo, hacer inculpaciones; no es justo que nos guiemos solamente por

nuestro criterio particular. Algo, mucho debemos sacrificar en áras del reconocido patriotismo, de la innegable ilustracion de los hombres que tienen las riendas del gobierno. Tal vez sea nuestro el error; quizá en nuestro ardiente deseo de la reconstitucion social pecarémos de precipitados.

Los principios siempre son trabajosos; ántes de llegar al rico venero hay que mover mucho terreno estéril; ántes de encontrar el oro depurado hay que separar la escoria. Aún nos encontramos en la superficie; mordemos todavía la corteza, y no debemos arrrojar la nuez, como la mona de la fábula, sino procurar la separacion de todo lo amargo para poder gozar de la sabrosa almendra. Estamos en los albores del nuevo dia, el sol apénas se ha mostrado sobre el horizonte; y no es de extrañar que la aurora se presente todavía velada en sus colores por las nubes que restan de la pasada tormenta. El viento no ha sido impetuoso y no ha podido limpiar del todo y momentáneamente el cielo de los vapores que lo empañaban.

Pero quizás en esto se haya tocado alguna ventaja; tal vez lo que se construye despacio es

más duradero: y es más robusto y lozano el corpulento cedro que tarda largos años en tomar altura, que la copuda y olorosa acacia que nace, crece y muere á nuestra vista.

Despejado el cielo lucirá espléndido y poderoso el astro cuyo advenimiento anhelaba España. ¡Ojalá no nos adormezcamos sobre un suelo que todavía no ofrece seguridad bastante! ¡Plegue á Dios que con la mirada fija en el porvenir, sin olvidar un momento la obra de dar prosperidad y grandeza para lo futuro á nuestra pátria, volvamos la vista á lo pasado, para estudiarlo, para que sirva á todos de saludable leccion y escarmiento, y para que con todas nuestras fuerzas hagamos *punto* y *aparte* en los errores que á tantos males arrastran.

IX.

Tiempo es de que haya españoles ántes que hombres de partido; hablemos de pátria más que de pasiones, sea la bandera de Don Alfonso enseña de union y de libertad, de concordia y de patriotismo.

Al pronunciar el nombre del Rey que simboliza la España de San Fernando y de Isabel la Católica, no se dá lugar á política estrecha, sino á política nacional.

Seamos patriotas y serémos grandes. Agrupados formarémos sólida falanje que resistirá los embates de las desatadas ambiciones, y causarémos respeto donde quiera. No se ofrezca, que no es digna perspectiva, la de esa política puramente personal y mezquina, que nos dice cada dia por boca de periódicos asalariados, el Sr. M. se une, el Sr. N. se marcha, el Sr. O. apoya al Gobierno, el Sr. Q. ha reunido sus amigos políticos. Unidos en estrecho lazo alrededor del trono, partiendo del Rey toda la iniciativa, siendo el monarca el alma de todo y el verdadero representante de la Nacion, poco importará que un encumbrado ambicioso se manifieste descontento, ó que una agrupacion exijente se estime desairada; muy luégo comprenderán todos que no hay gobierno posible donde son tantos los demandantes, y que no es el criterio propio, ni el interés individual, ni el beneplácito de una persona lo que puede contribuir á hacer grande una nacion.

Vayan en buen hora y donde quieran, con sus simpatías ó su enemistad, los Sres. N. M. B. y G., muy respetables en su casa, que no se ha de detener por su falta la majestuosa marcha de la civilizacion.

X.

Insensiblemente, llevados por el firme propósito de hacer abstraccion completa de todo linaje de personalidad, y huyendo el hablar de los sucesos de una manera tan concreta que pueda dar lugar á aplicaciones, mejor ó peor intencionadas, hemos venido á caer en tal estremo que nuestras frases han de parecer vanas declamaciones. Para evitar este escollo y remediar el mal, aún estamos á tiempo. Vamos á descender; entrarémos en el terreno de los hechos, para que se comprenda toda la verdad de nuestras apreciaciones, para que nuestros juicios no se tachen de infundados, ni se acuse de vaguedad á nuestros razonamientos. Pero sin abandonar del todo nuestro sistema, elejirémos como ale-

gacion únicamente, dos hechos que hablan muy alto, aunque pueden tratarse de una manera bastante abstracta, por su significacion é importancia.

Ellos demostrarán que no se han obtenido de la Restauracion todos los lisonjeros resultados que se esperaban: ellos indicarán tal vez con muda elocuencia más de lo que nosotros decimos: y se verá que, quizá por no haberse hecho *punto* y *aparte*, subsisten todavía muchos males que yá debieron haber desaparecido; que aún estamos en la aurora del nuevo dia, en la cáscara de la nuez, en el mal terreno que oculta el abundante filon y rico venero; que es necesario, que el nuevo reinado comienze á dar, cuando sea posible, el fruto sazonado que en flor prometia; que el sol luzca espléndido y radiante, inaugurándose resuelta y enérjicamente la era que hoy no hace más que vislumbrarse, la era que todos ambicionan, de moralidad y de justicia.

Dos hechos vamos á señalar únicamente, escojiéndolos de propósito entre muchos que pudieran aducirse, para demostrar que la Restauracion no ha dado todavía el impulso que ha de

dar á la grandeza nacional. Tomarémos el uno de la descomposicion y reorganizacion de los partidos políticos; el otro del estado de los fondos públicos.

La Restauracion fué un hecho de tal magnitud é importancia que necesariamente debió causar hondo trastorno en todo cuanto con la marcha política pudiera tener relaciones. Lójico y natural era, que levantada una bandera popular y patriótica, los antíguos partidos políticos dibujasen una tendencia clara, se definiesen por completo ante el nuevo órden de cosas: que los hombres de gobierno manifestasen paladinamente su pensamiento, y nuevas agrupaciones sucedieran á las que hasta entónces se habian disputado la direccion de los negocios y la política del país.

En toda nacion rejida constitucionalmente, y sea la que fuere la denominacion y duracion de poderes del jefe del Estado, han de separarse por necesidad dos tendencias, la una más conservadora, la otra más avanzada en la interpretacion y esplicacion de las doctrinas del código fundamental. Que así debia suceder en España

estaba en la conciencia de todos y era un hecho esperado.... Sin embargo no sucedió.

Subsistieron los antíguos partidos de la fugaz monarquía Saboyana, que debieron concluir al pisar el último escalon de la escalera del Palacio el representante de aquella situacion á cuya sombra nacieron. Radicales y constitucionales eran los progresistas y conservadores de aquella monarquía constitucional, y debieron desaparecer al salir, para nunca más volver, el jefe elejido para ella. Vencida la República, los partidos que en ella se ajitaron no tenian razon de ser, no pudieron continuar ni áun siquiera como aspiracion; y el absolutismo en armas no era partido legal, que pudiera tener otros representantes más que aquellos que empuñaban el fusil y eran enemigos declarados, destrozando las entrañas de la pátria en lucha tan estéril y fratricida.

¿Qué causas han podido contribuir á que esto no suceda? ¿Por qué razon escuchamos todavía en la arena política las denominaciones de ciertos partidos que no significan teorías aplicables dentro de la monarquía lejítima?

Quizá no exista otro motivo que el no haberse

hecho *punto* y *aparte* desde el principio. Como el gobierno estaba sin bandera política, como á su sombra se cobijaron restos de todos colores, sin renunciar enteramente á su credo, y llevando por único lazo el amor al trono, pudieron seguir teniendo vida ficticia y artificial, que aún les dura, otros restos de aquellas antíguas agrupaciones.

Ocasion sería ésta la más oportuna para entrar en el exámen imparcial de lo que en el momento histórico que hoy atraviesa España pueden significar las aspiraciones radicales, las llamadas posibilistas, y áun las socialistas, que refujiadas en país extranjero dirijen los tiros de sus absurdos rencores, de sus insensatas teorías al corazon de la pátria, creyendo cosa fácil volver á una época que no puede resucitar. Pero resueltos como lo estamos á no penetrar en terreno candente, á no tratar cuestiones vivas, asentando tan sólo jeneralidades, dejamos éstas á la apreciacion imparcial de los lectores, que bien pueden formar su juicio con el recuerdo de los antecedentes relacionados.

XI.

Segundo hecho demostrativo. La depreciacion de los fondos dá lugar á consideraciones de muy diverso carácter, que no podemos abarcar en una simple ojeada, contrayéndonos á lo de mayor bulto y que viene más al propósito.

Vamos á limitarnos á un recuerdo, y á una comparacion.

En los dias más tristes, más luctuosos de todo el período de trastornos que hemos sufrido; cuando el excepticismo del gobierno dejaba en libertad á los revoltosos de toda especie, y entregaba la maestranza de Sevilla y el arsenal de Cartajena á las turbas; cuando la unidad nacional se veia amenazada por todas partes, el ejército, disuelto casi en totalidad y en peligro los más caros objetos, el papel del Estado reducido á letra muerta, á la categoría de documento emanado de comerciante en quiebra se cotizaba á 10 por 100 de su valor nominal.

En el año de la última interinidad, alimen-

tándose la dulce esperanza de una pronta y radical mejora, fluctuó la Bolsa, con un 3 ó un 4 por 100 á lo sumo de diferencia en todo él, siendo lo que más influia en el alza y baja las noticias favorables ó adversas que del campo carlista se recibian.

La proclamacion de Alfonso XII fué saludada con un grito de júbilo por la Nacion y con una alza fabulosa en los valores. Los títulos de la Deuda interior llegaron en poco tiempo á 19, la exterior subió proporcionalmente, y el alza se sostuvo miéntras no se vieron claras señales de la inseguridad del pensamiento que guiaba al Gobierno. Despues los fondos han continuado en progresivo, cuanto injustificado descenso; pues llevamos dos años de órden verdadero, de profunda tranquilidad, y aunque paulatinamente van desarrollándose y creciendo los jérmenes de la prosperidad. La sociedad camina á su reconstitucion; la Nacion se engrandece.

Hoy, sin embargo, se cotiza el 3 por 100 á 11; y cifra tan elocuente, dato que tan profundas enseñanzas encierra nos mueve á preguntar: pues qué, ¿la situacion actual de la Nacion

española no ofrece mayores garantías de crédito que la de Julio de 1873? ¿No hay más de 1 por 100 de diferencia? ¿Qué razon existe para que la Bolsa, ese termómetro infalible nos aterre ahora con tan fatídico anuncio?

Dos graves argumentos deducimos para nuestro tema de ese dato irrecusable. El primero, que no se ha hecho *punto* y *aparte;* que por no haberse tomado color claro, definido, por no llevar el rumbo fijo, se habla todavía de lo pasado; se sueña con algo imposible, y se mantiene cierta desconfianza, cierto malestar y sobresalto en el fondo de nuestra sociedad. El segundo, que estando en la Hacienda la causa, quizás única, de las revoluciones de España, ven todos con harto pesar que no se ha puesto el esperado remedio, y sin quitar la causa no puede desaparecer el efecto.

El hecho viene aquí á justificar la teoría; y habla de tal manera el estado de nuestros fondos, que basta su abatimiento para demostrar la desconfianza del capital, para indicar la creencia jeneral de que falta mucho por andar; y no ha empezado todavía el reinado de Don Alfonso XII.

Ha triunfado el Rey al frente de su ejército de la horda carlista; ha vuelto á la Córte aclamado como pacificador. Los laureles entorpecieron las ruedas del carro de sus glórias, y los españoles que aman á su Monarca y todo lo esperan de las altas dotes que le adornan, de su claro talento, de su sólida instruccion, tan vasta que asombra en sus años juveniles, apénas oyen hablar de su persona, miéntras por desdicha se escuchan en los lábios de todos, y en las cien trompas de la prensa, nombres que nada valen, al lado de otros que, si algo significan, es únicamente perturbacion, ó insaciables cuanto injustificadas aspiraciones.

Se teme, tal vez, sin razon, al ver que no se aprovecha la esperiencia á tanta costa adquirida; causa honda pena el considerar que pudieran, por imprevisto acaso, malograrse tantas risueñas esperanzas de la rejeneracion de la pátria.

XII.

Para terminar, hemos de decir en dos palabras la causa que, en nuestro sentir, ha influido,

y ha sido móvil de que no se haya hecho *punto* y *aparte*. Y no indicarémos más que la que influye en que no lo haya hecho todavía la restauracion, que es lo que nos interesa, dejando á un lado, y áun celebrando, las que pudieron contribuir á que en las diferentes fases del período revolucionario no supieran hacerlo, pues nada tienen yá de actualidad, y sólo pueden importar para el estudio sério y desapasionado de la história del movimiento político que empezó el 18 de Setiembre de 1868 y concluyó en 31 de Diciembre de 1874.

Causa única, la de haberse dado una torcida intelijencia á la palabra *conciliacion*, emblema hecho para agrupar en un sólo partido á todos los que deseáran órden, moralidad y monarquía. Conciliacion se entendió reunion en un sólo credo político de todos los hombres que militaban en diferentes banderas, y en semejante propósito solamente podia fundarse lo que vemos.

Ha sucedido lo que debia suceder. Acojidos en una agrupacion sin fórmula concreta, que no sintetizaba su sistema de gobierno en

ningun credo terminante, cada individualidad quiso conservar algo de los caractéres propios del punto de donde procediera; unos de una parte, otros de otra quisieron inclinar la marcha de los sucesos al lado donde estaban sus afecciones, sus creencias tal vez; y empujando en diversos sentidos imprimian vacilacion al cuerpo político, lo conmovian, pero no le comunicaban la fuerza necesaria para progresar, y ántes bien lo quebrantaban sin dejarlo que adelantase lo necesario. Es tan clara la idea que no necesita amplificaciones; además está en la conciencia de todos la verdad, porque todos lo presenciamos.

Y conciliacion debió ser otra cosa. Existiendo, como existian, partidos anti-dinásticos y antimonárquicos, el emblema de la union debió fijarse en monarquía y Alfonso XII. Sumision incondicional al Rey lejítimo, protesta fiel de acatar las instituciones; pero quedando en libertad cada uno de agregarse al grupo que más le conviniera á aquellos hombres con cuyos pensamientos tuviera mayor afinidad; con cuyo sistema creyera que era más factible el hacer duradera la monarquía,

grande la Nacion y amable y popular el nombre del Soberano.

En este camino la conciliacion hubiera producido mayores frutos y se hubieran tocado muy luégo más ventajosos resultados.

Se hubieran formado al punto los partidos constitucionales, conciliados por el amor al Rey, por la conviccion monárquica; y hubieran discutido sus doctrinas, sin impedir los unos la marcha de los otros, en la diversa interpretacion y aplicacion del código fundamental. Conciliacion: unidad en la esencia; variedad en las formas.

Todavía podríamos tocar los beneficios que á la gobernacion del Estado produciria la fijacion de los credos políticos, la definicion clara de los partidos; todavía es ocasion de que por medio de una política hábil y desenvolviendo un pensamiento profundo, cesen las nieblas, se aclaren las situaciones, y conozca el país, y pueda saber el Gobierno á dónde se dirijen y lo que son todos los que aspiran á rejir nuestros destinos, cuáles son los amigos verdaderos y dónde podrémos temer enemigos ocultos.

No hay que abrigar temores porque la conciliacion, tal como hasta aquí ha venido entendiéndose, se rompa. Si permanece fuerte y sólido el vínculo que forma la verdadera union entre los monárquicos sinceros amantes de Don Alfonso XII, el deslinde y fijacion de los partidos, léjos de entorpecer, facilitará la marcha política, y léjos de debilitar dará fuerzas á los gobiernos que sigan la senda constitucional.

XIII.

Síntesis. El oríjen de todos los males que aquejan á España está en el desórden administrativo, en el apuro contínuo de la Hacienda.

La revolucion no supo hacer el único bien que podia, tratando desde luégo de un arreglo necesario; porque no supo hacer *punto* y *aparte* con la monarquía, á la que inesperada é inconscientemente sucedió en la gobernacion del país.

Preciso es que la restauracion haga el arreglo, traiga el órden á la Administracion,

aunque para ella sea más penoso el trabajo que lo hubiera sido para los ajitadores revolucionarios; pero para conseguirlo es preciso tambien que haga por completo *punto* y *aparte* con los anteriores períodos, inspirándose únicamente en elevados principios de moralidad y de justicia.

Desechados uno en pós de otro, y tras breve cuanto doloroso ensayo, todos los sistemas de gobierno conocidos y algunos desconocidos, han despertado muchos de ilusiones engañosas, tocando la diferencia que existe entre las teorías y la práctica. Confiesan, con verdadero arrepentimiento, muchos que ayer militaban en otros campos, el error que á ellos les condujera; y no queda otra salvacion para España que la Monarquía de Don Alfonso XII, elevado al sólio de sus mayores por el amor de la Nacion, bajo cuyo cetro pueden hermanarse las gloriosas tradiciones de nuestra história con todos los adelantos de la evolucion científica y social contemporánea.

APÉNDICE

APÉNDICE

No habia pensado que al presente libro acompañase documento alguno en justificacion de los argumentos que en el se forman, por ser todos harto conocidos. Pero al terminar, llega á mis manos en un periódico de Madrid el dictámen de la comision parlamentaria encargada de informar sobre las operaciones de la Hacienda, estractado del DIARIO DE SESIONES DE CÓRTES, *y viene tan al propósito, que hago excepcion con él, y lo ofrezco en este lugar.*

LA INFORMACION PARLAMENTARIA

La comision de informacion parlamentaria para examinar los antecedentes relativos á la gestion administrativa del Tesoro, ha publicado esta tarde su

trabajo como apéndice al *Diario de sesiones* del Congreso.

En este dictámen se afirma:

1.° Que son muchas las informalidades que se han evidenciado.

2.° Que está demostrada la certeza de las revelaciones hechas ante la Cámara popular por algunos diputados relativas á operaciones del Tesoro.

3.° Que la gestion del Tesoro, referente á deuda flotante, fué muy gravosa hasta fin de diciembre de 1873, y lo fué más todavía en su conjunto en el primer semestre de 1874, poniéndose coto al desórden desde 24 de junio de dicho año.

4.° Que hasta fin de 1873, y despues de la ruinosa operacion de Bonos del Tesoro, las operaciones se hacian cediendo letras ó pagarés á corto plazo, con un descuento al tiron, que osciló entre el 6 y el 18 por 100, abonándose en algunos casos comision, corretaje y renovándose con inusitada rapidez, amen de las ganancias de diferencias de cambios, cuyas utilidades fueron en primer término para el Banco de París y de los Paises Bajos.

5.° Que en el primer semestre de 1874 se dió comienzo al perjudicial sistema de operar admitiendo valores, que ofrecia increibles ganancias á los prestamistas, resultando que se cedian letras sin subasta, y

á pagar en su mayor parte ó el todo con valores descontados en Bolsa al 40 ó 50 por 100, abonando además un descuento, y dándose el caso de aceptar la proposicion más desventajosa.

6.° Que despues del 24 de junio de 1874 se suspendieron las operaciones con valores, gracias á la próroga forzosa dispuesta por decreto de 26 del mismo mes y año.

7.° Que despues de enero de 1876 volvióse á operar con valores, pero sin exceder del 10 al 5 por 100.

8.° Que la contabilidad de Hacienda hasta fin de 1873 fué mala; despues de esta fecha el desórden llegó á tan alto grado, que no sólo las garantías se devolvian, sino que se pagaban intereses no devengados legítimamente, desórden gravísimo que empezó á tener término desde enero de 1875 y áun desde junio de 1874.

9.° Que la contabilidad de los bonos del Tesoro se regularizó en la segunda emision, y que nada notable se encontró en los billetes del Tesoro y en la cuenta del presupuesto.

Y 10. Que el director del Tesoro Sr. Echenique facilitó con plausible celo el trabajo de la comision parlamentaria, y estableció la contabilidad del ramo de una manera perfecta.

Hé aquí sustancialmente resumidos, y sin recargar nada, los sombríos colores del cuadro financiero que presentan los señores diputados.

Firman este dictámen, que ha de dar lugar á largas controversias en la prensa y en la tribuna, y hasta en los centros administrativos, el marqués de la Vega de Armijo como presidente, y entre los vocales los Sres. Peñuelas, Pidal y Mon, duque de Almenara, Parra, Segovia, Groizard, Linares y otros representantes del pais.

ÍNDICE

		Páj.
Dedicatoria		V
Dos palabras		VII
Prólogo		I
I	La revolucion	1
II	La monarquía italiana	23
III	La república	35
IV	La restauracion	59
Apéndice		97

94

Se halla de venta en las principales librerías al precio de **1** peseta y **25** céntimos en toda España.

Para los pedidos dirigirse á los editores FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, Tetuan, 24.

ING CO. P
SOL MARK